

# ARIEL



Quincenario antológico de Letras,  
Artes, Ciencias y Misceláneas

Director: FROYLAN TURCIOS.

Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE 47.

San José de Costa Rica, América Central, 19 de julio de 1943.

NÚM. 141.

## SUMARIO:

I. Sombra de Eguren, *Rafael Heliodoro Valle*.—II. Teatro sintético.—III. Lo que es México para el turista, *María Lilia de Facio*.—IV. A Ida Blanco, Fúnebre mal, *Froylán Turcios*.—V. Portugal y los judíos, *Charles de Lannoy*.—VI. Mugre, *Dolores*.—VII. La lluvia de fuego, *Lopoldo Lugones*.—VIII. El río en la llanura, *Jerónimo J. Reina*.—IX. Hai-Kais, *Leticia Rivera*.—X. Palabras, *Ramón y Cajal*.—XI. Drama en el océano.—XII. La durmiente, *Edgaro Poe*.—XIII. Un *Novum Organum*. La emoción de la soledad, *Moisés Vincenzi*.—XIV. El yogi y la serpiente, *Bossuet*.—XV. Gitanerías, *Mila Oyerzún*.—XVI. El milagro, *Myriam Francis*.—XVII. El emplazado, *Federico García Lorca*.—XVIII. El Jardín de las Caticias.—XIX. Disputa y consecuencia, *Andrés Sabella*.—XX. Curiosidad morbosa.—XXI. El borriquito.—XXII. El venerable oboe, *B. B. C.*—XXIII. El poder de la elocuencia.—XXIV. La cura del odio, *Armando*

*Palacio Valdés*.—XXV. Fraseología económico-financiera.—XXVI. La flor de los Andes venezolanos.—XXVII. Crowley, *Dale Carnegie*.—XXVIII. Conozcamos nuestro bello idioma.—XXIX. Futuro del género humano, *Kirtley F. Mather*.—XXX. Párrafos interesantes.—XXXI. Tesoros entre viejos libros.—XXXII. Marco Aurelio, *Hans Ryner*.—XXXIII. Lourdes.—XXXIV. El himno de Cleantho.—XXXV. El último idilio de Cervantes, *Bernardo Arias Trujillo*.—XXXVI. Por qué la Venus de Milo perdió los brazos, *Juan Valverde*.—XXXVII. Los instintos, *Sigmund Freud*.—Valiosa medida, *Federico Nietzsche*.—XXXVIII. La música de la noche, *Luis Manteiga*.—XXXIX. Amores de mariposas.—XL. El temor de la muerte, *Luis E. Pérez Courvel*.—XLI. El barco de los espectros, *Héctor Pedro Blomberg*.—La lectura, clave del atractivo personal, *Lin Yutang*.

## SOMBRA DE EGUREN

En su casa de las calles de la Colmena encontré a José María Eguren, el poeta misterioso, casi aéreo, casi en vísperas de su muerte. Veinte años antes le había visitado en su palacio cristallino de Barranco, ya perseguido por el miedo.

La última vez que le ví parecía regresar de un largo viaje por los países de la niebla, en busca de la niña de la lámpara azul. Ningún poeta me ha dado, como Eguren, la realidad de su poesía en lo fabuloso de su vida. Un fantasma rodeado de fantasmas, eso era en aquel día inexplicable, en que le hallé rodeado de recuerdos, de incoherencias, y hasta de sombras de pájaros imaginarios. Me enseñó su último invento, un aparato para fotografiar nubes, sueños, ángeles, cosas sin dimensión y sin edad.

—Asómese a esta ventana—me dijo—para que vea las gaviotas que vienen a conversar conmigo, prófugas del mar, de la noche, de los sueños.

Nada veía yo; pero la figura del poeta se me evadía en un aire patético, quimérico. El ya

El cardenal de Fleury tenía noventa años cuando un prelado fué a recomendarle a sus sobrinos. El cardenal le dijo:

—Estad tranquilo. Si ellos tienen la desgracia de perderos, yo seré su tío.

—En tal caso, Monseñor, respondió el prelado, me permito recomendarlos a Vuestra Eternidad.

no era un habitante de Lima, sino una voz que se quebraba en el viento puro de aquel verano que era la presencia más furiosa del cielo sobre una ciudad que se nos evadía en la frustrada conversación.

Era como un niño huérfano en la ciudad en que los niños cantan las mejores canciones que se caen del cielo.

*Rafael Heliodoro Valle.*

## TEATRO SINTETICO

En el cielo, Dios y el escocés.

*Escocés*.—Dios mío, ¿puedo hacerte una pregunta?

*Dios*.—Las que quieras, hijo.

*Escocés*.—¿Qué son para ti mil años?

*Dios*.—Un minuto.

*Escocés*.—¿Qué son para ti un millón de libras esterlinas?

*Dios*.—Un centavo.

*Escocés*.—Bien, ¿Podrías prestarme un centavo?

*Dios*.—Sí. Espérame un minuto.

Los pájaros de alas largas y estrechas vuelan con más velocidad que aquellos de alas cortas y anchas. Las aves más veloces son las golondrinas, las gaviotas, los halcones, etc. El albatros, ese artista del vuelo rápido, que cubre en poco tiempo millares de kilómetros, tiene las alas sumamente largas y tan estrechas como una cinta. Lo mismo sucede con los insectos. Vuelan con mayor rapidez los que tienen las alas largas y estrechas.

Para ARIEL

## LO QUE ES MEXICO PARA EL TURISTA

El afán que me mueve a relatar mis impresiones sobre México es el de dar una idea imparcial y objetiva de todo lo que yo he visto en esta gran ciudad. Como turista que soy me he interesado primordialmente por lo típico, por lo novedoso, por todo lo que no existe en mi país. Esta actitud, por la cual el turista ha sido siempre condenado, es para mí perfectamente atinada. La admiración profunda que deja al turista boquiabierto frente a un panorama regional, un espectáculo típico, o un sitio característico del lugar que se visita es una reacción lógica de todo ser humano.

Para un originario de Nueva York ver a un prosaico burrico es algo tan fantástico como la imaginación de Walt Disney; en cambio para el mexicano no es más que un animal de carga, sin novedad ni colorido.

Si es la extravagante conducta del turista lo que condenamos, bueno es recordar que él se encuentra fuera de su medio, lejos de una sociedad sancionante. Como el borracho, se siente libre para actuar a su gusto, sin temor a la crítica de los que, en toda sociedad se auto-nombran jueces de la conducta de sus semejantes.

Así, pues, empezando por defender el punto de vista del turista, y dejando para autores criollos el de los mexicanos, comienzo mi narración.

Para comprender las costumbres, las aficiones y el modo de pensar del mexicano, es preciso conocer, aunque esquemáticamente, la ciudad en que vive, su cultura, y su historia.

A México le llaman *La Ciudad de los Palacios*. Y el soberano entre ellos, el de Bellas Artes. Este inmenso teatro, que los mexicanos decoraron en su interior con mármoles y onix de sus canteras y maderas de sus selvas, es la gloria artística de México, y el orgullo de Latinoamérica. ¡Es todo esplendor y magnificencia!

En contraste, el Palacio de Justicia se levanta sobrio y grande. Su estructura soviética y su severidad son evidencia material de la reacción que sufrió México contra todo lo español, contra los palacios coloniales, las numerosas iglesias y la catedral, que aparte de su valor histórico y ciertos ejemplos de arte churrigueresco, no es más que un gran edificio viejo y sucio; un capricho de los españoles que costó a los indios cuatro mil vidas y mucho oro.

*Oro, oro y miseria*. Esto es la Basílica de Guadalupe, la que mejor representa la sociedad mexicana: arriba riqueza, deslumbrante oro de veintidós quilates, y abajo miseria, tristes indios color de barro. ¡Con qué fe le rezan a su Virgencita para que ella alivie su pobreza! Día a día por más de dos siglos, estos indios inmóviles en el suelo, imploran, piden, lloran... Y nadie los oye. Pero aquí también rezan los ricos, los ricos de Lomas y de Polanco, dos barrios residenciales tan bellos, que, bajo la luna llena, pareciera que mágicamente se hubieran teñido con colores de fantasía. Cada domicilio es una joya arquitectónica, de un estilo típico y moderno. Bellas casas que demuestran el crecimiento de la industria nacional.

Y así es México; más que la ciudad de los palacios, la ciudad de los contrastes; colonias preciosas y barrios inmundos, automóviles lujosos e indios descalzos, dinero y hambre, comodidad y frío.

No es posible pasar un tiempo en México sin sentir como una fuerza vital, su adelanto en todas las ramas de la cultura humana; su valiosa contribución al mundo del

arte moderno. Hombres de verdadera imaginación creadora, como Clemente Orozco y Diego de Rivera, Amado Nervo y Carlos Pellicer, Lerdo de Tejada y Carlos Chávez, le han dado a México una cultura propia, profunda, eterna.

Y el reflejo de este progreso es la Universidad con sus magníficos profesores y sus veinte mil estudiantes. De fama internacional, este centro de cultura cuenta hoy con hombres de gran prestigio, quienes con sus obras han contribuido plenamente a la evolución humana. El maestro Antonio Caso en Filosofía, el licenciado Eduardo Trigueros en Leyes, el doctor Clemente Robles en Medicina, y muchos más de igual mérito en las diferentes facultades han elevado a esta institución a la altura de las mejores de los Estados Unidos. Además, la Universidad tiene numerosas y surtidas bibliotecas, un franco espíritu de camaradería, y alegres reuniones sociales que han contribuido enormemente al sentido de fraternidad que existe entre todos los estudiantes.

La tradicional visita a los museos, que todo turista considera indispensable, proviene del deseo de darse cuenta, más o menos, de la historia cultural del país, y en esto México no los decepciona. El Museo Nacional tiene una de las colecciones arqueológicas más famosas del mundo, La pieza principal, el Calendario Azteca, es una verdadera maravilla. Su método lógico y exacto de medir el tiempo prueba el grado avanzadísimo de civilización que los aztecas habían alcanzado antes de la Conquista. El departamento de Mineralogía en el Museo de Historia Nacional también atrae a varias personas por su variedad de especímenes, así como las obras de arte del Museo de Cerámica. Estos tres museos demuestran, cada uno en su ramo, el esfuerzo hecho por los mexicanos para dejar constancia de su civilización a través de los siglos.

De la cultura popular hay poco nuevo que decir, pues a todos nos es familiar. La música mexicana es la que ha captado las vibraciones emocionales del latino y por esta razón se ha convertido en el primer factor para una unión espiritual de todos los pueblos iberoamericanos. Ayudada por el cine nacional, que ha progresado muchísimo en técnica y dirección, se ha dado a conocer últimamente hasta en los más remotos rincones de nuestro continente. Por lo demás, México se divierte y entre sus diversiones nacionales, la más popular es, sin duda, la del torero. Los parques son la atracción del pueblo, y entre ellos el Bosque de Chapultepec con sus árboles y sus fuentes, es el predilecto. Su inmensidad, su verdor, y su tranquilidad le dan una hermosura espléndida, una paz refrescante. En una cima se levante el castillo del mismo nombre dominando el valle de México; un panorama digno de los emperadores que lo construyeron.

Pero nada es tan interesante como la historia de México; por esto los mexicanos tratan, en toda forma y ocasión, de mantener vivo el recuerdo de su pasado, de su historia inquieta e impetuosa. Se enorgullecen altamente de sus numerosas luchas por la libertad, por el progreso, por la igualdad; por todo aquello que enaltece al hombre. Y este deseo de conservar en forma visible el recuerdo de sus hazañas, o el de sus héroes se manifiesta en sus muchos y bellos monumentos.

La Columna de la Independencia, conocida universalmente, es tan delicada en belleza, tan artística en su forma, tan espiritual en su significado, que infunde a todo él que la contempla un profundo sentimiento de respeto y admiración. Edificada en el centro del Paseo de la Reforma, un boulevard bellamente parisense, levántase en memoria a los héroes de la Independencia, cuyos restos descansan en las criptas al pie de la Columna.

Otro monumento imposible de pasar por alto

el de los Niños Héroes al pie del Castillo de Chapultepec. No tanto por su belleza arquitectónica, sino más bien por su significado en la historia patria, ocupa este monumento un lugar predilecto en el corazón de los mexicanos. Conmemora la muerte de cinco cadetes del Colegio Militar, quienes, arrollados por una fuerza superior durante la invasión norteamericana, salvaron con su bravura el honor de México.

Sin embargo, el más grande de todos los monumentos conmemora la lucha más apasionada de los mexicanos: la revolución de 1910. Su inmensidad y simpleza simbolizan la ideología revolucionaria, que muchos han confundido con los hombres que tomaron parte en ella para satisfacer pasiones personales, confiscar bienes particulares, o adquirir influencia política. En honor a los idealistas revolucionarios se levanta este monumento, recordándole a México su deuda y su futuro.

Escogí como típicos estos monumentos porque representan las tres grandes luchas de los mexicanos: contra los españoles, contra el imperialismo yanqui y contra el desequilibrio social y económico implantado por el régimen de Porfirio Díaz. Alrededor de estas tres revoluciones gira toda la historia de México.

Es difícil encontrar otro país en toda la América Latina que ofrezca al turista una ciudad capital tan típica, una cultura tan propia, una historia tan colorida como México, porque, aunque es cierto que en los últimos años se ha modernizado en todo aspecto no ha perdido ni por un detalle su sabor colonial. Es la tierra ideal para el turista que desea, además de divertirse, encontrar un nuevo mundo de intereses y emociones.

*María Lilia de Facio.*  
(Costarricense).

Mayo de 1943.

## A IDA BLANCO

*Extraño es tu nombre, Ida.  
Obsesiona y siempre está  
anunciando tu partida;  
porque Ida es... lo que se va.*

*Tu lindo nombre es hermano  
del misterio y del azar,  
del crepúsculo lejano  
y las fábulas del mar.*

*¿Hacia qué país romántico,  
llena de íntima inquietud,  
sobre el azul del Atlántico  
partirá tu juventud?*

*¡Quién te viera, Ida, partir  
en rosado amanecer  
hacia una isla de zafir  
para nunca más volver!*

*Más si piensas en la herida  
que a tus padres causarás  
detén, Ida, tu partida  
y no te vayas jamás.*

Froylán Turcios.

## PORTUGAL Y LOS JUDIOS

Los judíos, cuya actividad contrastaba vivamente con la indolencia de los portugueses, eran objeto de una reprobación general. Estaban obligados a vivir en barrios especiales (*juderías*) y desde el punto de vista jurídico se encontraban a menudo colocados en una posición de inferioridad respecto de los cristianos; sin embargo no eran perseguidos por el gobierno. Juan de Aviz, apreciando los servicios que prestaban a Portugal, definió claramente en una ordenanza los derechos de que debían gozar (17 de julio de 1392) y obtuvo del Papa una bula (2 de julio de 1389) que prohibía a los cristianos molestarlos. Las concesiones que les otorgaba la ley eran muy generosas para la época. En lo civil como en lo criminal sólo eran justiciables por el procurador del gran rabino (*rabbi mor*), personaje que gozaba de una alta consideración y que hasta poseía un derecho que les era negado a la mayor parte de los grandes señores: el de dictar resoluciones o decretos obligatorios para todos los que estaban sometidos a su jurisdicción.

Ciertos reyes protegieron abiertamente a los judíos y los admitieron en altos cargos del Estado: el *rabbi mor* fué ministro de Hacienda bajo el rey Dionisio; Fernando, un judío, era consejero del rey, otro tesorero general (*thesoureiro mor*); Juan de Avidz tenía como médico en jefe (*físico mor*) al judío Moisés.

Gracias a la situación bastante soportable que tenían, sobre todo a partir del reinado de Juan de Aviz, los judíos pudieron poner al servicio de su patria adoptiva sus aptitudes comerciales y su actividad. La mayor parte, si no todo el comercio exterior de Portugal, estaba en sus manos. En todas las plazas donde traficaban tenían una alta reputación por su conocimiento del comercio y su integridad. En ningún país era tan útil su presencia como en Portugal, porque poseían precisamente la aplicación y el sentido de los negocios que les faltaba a las otras clases de la población.

No se conoce el número de los judíos establecidos en Portugal en la época de las adquisiciones de ultramar; pero diversos hechos prueban que su comunidad era rica y poderosa. En primer lugar la extensión que ocupaban en las ordenanzas alfonsinas de 1446 los reglamentos que les conciernen. En segunda las quejas que se produjeron en las Cortes sobre el lujo que ostentaban algunos de ellos.

*Charles de Lannoy.*

## MUGRE

Montones de basura, cáscaras, resbaladeros, desechos de toda clase; gallinas y pollos encerrados en estrechas jaulas pestilentes; carne, queso, pescado, legumbres y frutas descompuestas; hacinamiento de suciedades, mugre material en toda su descarnada fealdad—tal es nuestro mercado actual. ¡Uf! La mugre moral no es menos escandalosa; rateros en abundancia de tal modo que quien pestañea pierde; mendicidad y miseria fingida y verdadera que marea; mocetones que deberían estar trabajando como los hombres vendiendo medallas y agujas y cancioneros; asquerosas mujerzuelas pregonando su pobre mercancía y muchachitas untadas de pintura prostituyéndose tras la falsa cortina de unos billetes de lotería. Cuesta trabajo creer lo que se ve; si nos lo contarán diríamos que ya amable y graciosa San José tiene venenosos enemigos.

Se construirá un nuevo mercado con todas las exigencias modernas: comodidad, luz y aire, amplitud, numerosos detalles sanitarios eliminando tal vez por completo la mugre material; pero quedará en pie la corte de los milagros que ambula allí con el escándalo de los mocetones vendiendo caramelos y de las infelices muchachitas que alguien está empujando al lodazal.

¿Qué decía el señor Ministro de Gobernación?

*Dolores.*

Costa Rica, junio de 1943.

PIDA

## Escritores de Costa Rica

900 páginas

**BIOGRAFIA Y ANTOLOGIA C 2.50**

ROGELIO SOTELA

San José — Costa Rica

Un escritor muy cáustico, Ambrosio Bierce, recibió un libro muy malo de un colega desconocido, que le urgía, sin embargo, a que le expresase un juicio sincero. Bierce, para no defraudarlo, le envió el siguiente resumen: *A sí William Ramsay le llevó diez y seis años el descubrir el helio, a los esposos Curie les llevó treinta años descubrir el radio; y en 5 minutos usted ha logrado, con su libro, producir el tedio.*

## LA LLUVIA DE FUEGO

### EVOCACION DE UN ESCENARIO DE GOMORRA

*Y torné el cielo de hierro y la tierra de cobre.—Levítico, XXVI-19.*

Recuerdo que era un día de sol hermoso, lleno del hormigueo popular, en las calles atornadas de vehículos. Un día asaz cálido y de tersura perfecta.

Desde mi terraza dominaba una vasta confusión de techos, vergeles saltados, un trozo de bahía punzado de mástiles, la recta gris de una avenida...

A eso de las once cayeron las primeras chispas. Una aquí, otra allá—partículas de cobre semejantes a las morcellas de un pábilo; partículas de cobre incandescente que daban en el suelo con un ruidecito de arena. El cielo seguía de igual limpidez; el rumor urbano no decrecía. Únicamente los pájaros de mi pajarera cesaron de cantar.

Casualmente lo había advertido mirando hacia el horizonte en un momento de abstracción. Primero creí en una ilusión óptica formada por mi miopía. Tuve que esperar largo rato para ver caer otra chispa, pues la luz solar anegábalas bastante; pero el cobre ardía de tal modo que se destacaban lo mismo. Una rapidísima vírgula de fuego, y el golpecita en la tierra. Así, a largos intervalos.

Debo confesar que al comprobarlo experimenté un vago terror. Exploré el cielo en una ansiosa ojeada. Persistía la limpidez. ¿De dónde venía aquel extraño granizo? ¿Aquel cobre? ¿Era cobre?

Acababa de caer una chispa en mi terraza, a pocos pasos. Extendí la mano; era, a no caber duda, un gránulo de cobre que tardó mucho en enfriarse. Por fortuna la brisa se levantaba, inclinando aquella lluvia singular hacia el lado opuesto de mi terraza. Las chispas eran harto ralas, además. Podía creerse por momentos que aquello había ya cesado. No cesaba. Uno que otro, eso sí, pero caían siempre los temibles gránulos.

En fin, aquello no había de impedirme almorzar, pues era el mediodía. Bajé al comedor atravesando el jardín, no sin cierto miedo de las chispas. Verdad es que el toldo, corrido para evitar el sol, me resguardaba...

¿Me resguardaba? Alcé los ojos; pero un toldo tiene tantos poros, que nada pude descubrir.

En el comedor me esperaba un almuerzo admirable; pues mi afortunado celibato sabía dos cosas sobre todo: leer y comer. Excepto la biblioteca, el comedor era mi orgullo. Ahito de mujeres y un poco gotoso, en punto a vicios amables nada podía esperar ya sino de la gula. Comía solo, mientras un esclavo me leía narraciones geográficas. Nunca había podido comprender las comidas en compañía; y si las mujeres me hastiaban, como he dicho, ya comprenderéis que aborrecía a los hombres.

¡Diez años me separaban de mi última orgía! Desde entonces, entregado a mis jardines, a mis peces, a mis pájaros, faltábame tiempo para salir. Alguna vez, en las tardes muy calurosas, un paseo a la orilla del lago. Me gustaba verlo, escamado de luna al anochecer, pero esto era todo y pasaba meses sin frecuentarlo.

La vasta ciudad libertina era para mí un desierto donde se refugiaban mis placeres. Escasos amigos: breves visitas; largas horas de mesa; lecturas; mis peces; mis pájaros, una que otra noche tal cual orquesta de flautistas, y dos o tres ataques de gota por año...

Tenía el honor de ser consultado para los banquetes, y por ahí figuraban, no sin elogio, dos o tres salsas de mi invención. Esto me daba derecho—lo digo sin orgullo—a un puesto municipal, con tanta razón como a la compatriota que acababa de inventar un nuevo beso.

Entre tanto, mi esclavo leía. Leía narraciones de mar y de nieve, jue comentaba admirablemente, en la ya entrada siesta, el generoso frescor de las ánforas. La lluvia de fuego había cesado quizás, pues la servidumbre no daba muestras de notarla.

De pronto, el esclavo que atravesaba el jardín con un nuevo plato no pudo reprimir un grito. Llegó, no obstante, a la mesa; pero acusando con su lividez un dolor horrible. Tenía en su desnuda espalda un agujerillo, en cuyo fondo sentíase chirriar aún la chispa voraz que lo había abierto. Abogámosla en aceite, y fué enviado al lecho sin que pudiera contener sus ayes.

Bruscamente acabó mi apetito; y aunque seguí probando los platos para no desmoralizar a la servidumbre, aquélla se apresuró a comprenderme. El incidente me había desconcertado.

Promediaba la siesta cuando subí nuevamente a la terraza. El suelo estaba ya sembrado de gránulos de cobre; más no parecía

que la misma lluvia aumentara. Comenzaba a tranquilizarme cuando una nueva inquietud me sobrecogió. El silencio era absoluto. El tráfico estaba paralizado a causa del fenómeno, sin duda. Ni un rumor en la ciudad. Sólo, de cuando en cuando, un vago murmullo de viento sobre los árboles. Era también alarmante la actitud de los pájaros. Habíanse apelotonado en un rincón, casi unos sobre otros. Me dieron compasión y decidí abrirles la puerta. No quisieron salir; antes se recogieron más acongojados aún. Entonces comenzó a intimidarme la idea de un cataclismo.

Sin ser grande mi erudición científica sabía que nadie mencionó jamás esas lluvias de cobre incandescente. ¡Lluvias de cobre! En el aire no hay minas de cobre. Luego aquella limpidez del cielo no dejaba conjeturar la procedencia. Y lo alarmante del fenómeno era esto. Las chispas venían de todas partes y de ninguna. Era la inmensidad desmenuzándose invisiblemente en fuego. Caía del firmamento el terrible cobre—pero el firmamento permanecía impasible en su azul. Ganábame poco a poco una extraña congoja; pero, cosa rara: hasta entonces no había pensado en huir. Esta idea se mezcló con desagradables interrogaciones. ¡Huir! ¿Y mi mesa, mis libros, mis pájaros, mis peces que acababan precisamente de estrenar un vivero, mis jardines ya ennoblecidos de antigüedad—mis cincuenta años de placidez, en la dicha del presente, en el descuido del mañana...

¿Huir?—Y pensé con horror en mis posesiones (que no conocía) del otro lado del desierto, con sus camelleros viviendo en tiendas de lana negra y tomando por todo alimento leche cuajada, trigo tostado, miel agria...

Quedaba una fuga por el lago, corta fuga después de todo, si en el lago como en el desierto, según era lógico, llovía cobre también; pues no viniendo aquello de ningún foco visible, debía ser general.

No obstante el vago terror que me alarmaba, decíame todo eso claramente, lo discutía conmigo mismo, un poco enervado por el letargo digestivo de mi siesta consuetudinaria. Y después de todo, algo me decía que el fenómeno no iba a pasar de allí. Sin embargo, nada se perdía con hacer armar el carro.

En ese momento llenó el aire una vasta vibración de campanas. Y casi junto con ella advertí una cosa: ya no llovía cobre. El repique era una acción de gracias, coreada casi acto continuo por el murmullo habitual de la ciu-

dad. Esta despertaba de su fugaz atonía, debilmente gárrula. En algunos barrios hasta quemaban petardos.

Acodado al parapeto de la terraza miraba, con un desconocido bienestar solidario, la animación vespertina que era todo amor y lujo. El cielo seguía purísimo. Muchachos afanosos, recogían en escudillas la granalla de cobre, que los caldereros habían empezado a comprar. Era todo cuanto quedaba de la grande amenaza celeste.

Más numerosa que nunca, la gente de placer recorría las calles; y aun recuerdo que sonreí vagamente a un equívoco mancebo, cuya túnica recogida hasta las caderas en un salto de bocacalle, dejó ver sus piernas glabras, jaqueladas de cintas. Las cortesanas, con el seno desnudo según la nueva moda, y apuntalado en deslumbrante coselete, paseaban su indolencia sudando perfumes. Un viejo lenón, erguido en su carro, mañeaba como si fuese una vela una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras: ayuntamientos de lagartos con cisnes; un mono y una foca; una doncella cubierta por la delirante pedería de un pavo real. Bello cartel, a fe mía; y garantida la autenticidad de las piezas. Animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y con asafétida.

Seguido por tres jóvenes enmascarados pasó un negro amabilísimo, que dibujaba en los patios, con polvos de colores derramados al ritmo de una danza, escenas secretas. También depilaba al oropimente y sabía dorar las uñas.

Un personaje fofo, cuya condición de eunuco se adivinaba en su morbidez, pregonaba al son de crótalos de bronce, cobertores de un tejido singular que producía el insomnio y el deseo. Cobertores cuya abolición habían perdido los ciudadanos honrados. Pues mi ciudad sabía gozar, sabía vivir.

Al anoecer recibí dos visitas que cenaron conmigo. Un condiscípulo jovial, matemático cuya vida desarreglada era el escándalo de la ciencia, y un agricultor enriquecido. La gente sentía necesidad de visitarse después de aquellas chispas de cobre. De visitarse y de beber, pues ambos se retiraron completamente borrachos. Yo hice una rápida salida. La ciudad, caprichosamente iluminada, había aprovechado la coyuntura para decretarse una noche de fiesta. En algunas cornisas alumbraban perfumando, lámparas de incienso. Desde sus balcones, las jóvenes burguesas, excesivamente ataviadas, se divertían en proyectar de un soplo a las

narices de los transeúntes distraídos, tripas pintarrajeadas y crepitantes de cascabeles. En cada esquina se bailaba. De balcón a balcón cambiábanse flores y gatitos de dulce. El césped de los parques palpitaba de parejas...

Regresé temprano y rendido. Nunca me acogí al lecho con más grata pesadez de sueño.

Desperté bañado en sudor, los ojos turbios, la garganta reseca. Había afuera un rumor de lluvia. Buscando algo, me apoyé en la pared, y por mi cuerpo corrió como un latigazo el escalofrío del miedo. La pared estaba caliente y conmovida por una sorda vibración. Casi no necesité abrir la ventana para darme cuenta de lo que ocurría.

La lluvia de cobre había vuelto, pero esta vez nutrida y compacta. Un caliginoso vaho sofocaba la ciudad; un olor entre fosfatado y urinoso apestaba el aire. Por fortuna, mi casa estaba rodeada de galerías y aquella lluvia no alcanzaba las puertas.

Abrí la que daba al jardín. Los árboles estaban negros, ya sin follaje; el piso, cubierto de hojas carbonizadas. El aire, rayado de vírgulas de fuego, era de una paralización mortal; y por entre aquéllas, se divisaba el firmamento, siempre impasible, siempre celeste.

Llamé, llamé en vano. Penetré hasta los aposentos familiares. La servidumbre se había ido. Envueltas las piernas en un cobertor de biso, acorazándome espaldas y cabeza con una bañera de metal que me aplastaba horriblemente, pude llegar hasta las caballerizas. Los caballos habían desaparecido también. Y con una tranquilidad que hacía honor a mis nervios, me dí cuenta de que estaba perdido.

Afortunadamente, el comedor se encontraba lleno de provisiones; su sótano, atestado de vinos. Bajé a él. Conservaba todavía su frescura; hasta su fondo no llegaba la vibración de la pesada de lluvia, el eco de su grave crepitación. Bebí una botella y luego extraje de la alacena secreta el pomo de vino envenenado. Todos los que teníamos bodega poseíamos uno, aunque no lo usáramos ni tuviéramos convidados cargosos. Era un licor claro e insípido, de efectos instantáneos.

Reanimado por el vino, examiné mi situación. Era asaz sencilla. No pudiendo huir, la muerte me esperaba; pero con el veneno la muerte me pertenecía. Y decidí ver eso todo lo posible, pues era, a su dudarlo, un espectáculo singular. ¡Una lluvia de cobre incandescente! ¡La ciudad en llamas! Valía la pena.

Leopoldo Lugones.

(Concluirá en el próximo número).

EL RIO EN LA LLANURA

Corre serenamente, con la dulce y tranquila  
placidez con que sueñan los niños, y refleja  
en su cristal pulido, magnífica pupila,  
el hondo azul del cielo, la nube que se aleja.

Ora canta y el eco de su voz cristalina  
del cercano bosque entre el rumor se esfuma.  
ora duerme y el rayo de luz que lo ilumina  
matiza con su iris su alba veste de espuma.

Corre serenamente bajo la paz solemne  
de la vasta campiña como si fuera una  
vida sin turbaciones, seráfica e indemne.

Y viéndolo, me invade un afán doloroso  
de ser como este río que no agita ninguna  
violencia: transparente y manso y armonioso.

Jerónimo J. Reina.  
(Hondureño).

HAI - KAIS

I *El lirio.*

Cornetín de seda,  
nuncio  
de la primavera.

II *Jazmín.*

Campana de porcelana  
que tañe el silfo en la rama.

III *La garúa.*

Columnas de cristal  
de un templo sobre el mar.

I *Adversidad.*

Jinete es la adversidad:  
calza terribles espuelas  
y con ellas te hace halar.

II *Lágrimas.*

Después de todo  
son...  
Cloruro de sodio.

Leticia Rivera.

Junio de 1943.

ARIEL

Aparecerá cada quince días en cuader-  
nos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale... ₡ 1.50  
Número del día..... 0.60  
Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Cen-  
tro América y en el exterior la serie de  
3 números vale treinticinco centavos oro  
o su equivalente en moneda nacional.

PALABRAS

—Hay tres clases de ingratos: los que callan  
el favor, los que lo cobran y los que lo vengán.

—Hay pocos lazos de amistad tan fuertes  
que no puedan ser cortados por un cabello de  
mujer.

—El deseo de morir, cuando no se funda  
en dolencia incurable y torturante, sino en fúti-  
las heridas del amor propio exasperado, revela  
absoluta carencia de altruismo. Es confesar que  
no se ama a nadie, y que ni la Patria ni la  
familia merecen esfuerzos ni sacrificios.

—Aparte la fe religiosa, que no discutimos,  
fruto casi exclusivo del terror de la muerte,  
las tres grandes civilizaciones: la india, la  
egipcia y la cristiana, con su hijuela del maho-  
metismo. Sólo Grecia ofrece el caso paradójico  
de haber fundado una cultura superior sobre  
el amor a la vida.

—Quien no se preocupa de la constitución  
del Universo y de los problemas de la vida  
y de la muerte, no pasa de ser un cuadrumano  
con pretensiones.

—Como a las mujeres se las llama simpáti-  
cas por no calificarlas de feas, así a los hombres  
se les llama discretos y buenas personas por no  
motejarlos de sandios.

—Existen sujetos graves, enfáticos, comple-  
tamente inéditos no obstante lo cual pasan por  
abismos de ciencia y de cordura. Recuerdan a  
esos relojes antiguos, imponentes y decorativos,  
puestos sobre las vetustas consolas del salón,  
que sólo tienen el pequeño inconveniente de no  
andar.

—Cuando recibo un obsequio inesperado e  
inmerecido, me pregunto espantado: ¿cuál se-  
rá la arbitrariedad, el abuso o la injusticia que  
se me exigirá algún día?

Ramón y Cajal.

El Papa Urbano VII era muy aficionado  
a la astrología y hasta llegó a componer ai-  
manaques. El abate de Longuerne recordaba a  
ese respecto la historia siguiente: El Papa tenía  
un viejo criado que se llamaba Onufrio y  
que se tomaba muchas libertades con Su San-  
tidad. Una noche el Papa llamó a su criado  
y le preguntó cómo estaba el tiempo.

—Hace buen tiempo—replicó Onufrio.  
para terminar más pronto.

—Ya lo sabía yo, —dijo el Papa—, y así  
lo había predicho en mi almanaque.

En aquellos momentos llovía a cántaros.

## DRAMA EN EL OCEANO

Cuenta Georges Pollard, capitán del ballenero norteamericano *Essex*, que el 20 de noviembre de 1820 su barco fué destrozado por una enorme ballena. Esto ocurría en pleno océano Pacífico, cerca del Ecuador, en 120° de longitud W. Arriaron tres lanchas con galleta, carne salada, agua y ron, y en ellas decidieron dirigirse hacia las costas de la América del Sur, distantes más de 2.000 millas.

En un día de tempestad desapareció una de las embarcaciones. No se supo de ella nunca más. Al cabo de tres semanas, los naufragos llegaron a un islote rocoso, donde encontraron algunas aves marinas. Tres americanos prefirieron quedarse sobre el islote, mejor que arriesgarse de nuevo en el océano. Más tarde fueron salvados.

Los restantes emprendieron de nuevo la travesía. Faltaron los víveres. Dos hombres murieron de hambre. Alguien se ingenió para encender fuego. En un momento los asaron y los comieron.

Días más tarde el hambre les asaltó de nuevo.

—Nos mirábamos con horribles pensamientos—dice Pollard,—pero callábamos. Estoy seguro de que nos queríamos entonces como hermanos, y, sin embargo, nuestras miradas decían claramente *lo que era preciso hacer*. Se echó a suertes. El azar designó al más joven, el grumete del capitán. Este le dijo, conmovido por la desgracia del muchacho:

—Si no aceptas tu destino, estoy dispuesto a matar al primero que se aproxime a ti.

El niño vaciló un instante; pero en seguida se repuso y respondió con un gesto mudo, apoyando su cabeza en la regala del bote.

—Lo despedazaron inmediatamente— escribe Pollard.—Pronto no quedaba nada del infeliz.

### LA EQUITATIVA, S. A.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D., C., Honduras.  
Centro América

**Todos los textos de ARIEL han sido escritos, seleccionados o extractados por su Director.**

## LA DURMIENTE

(Versión de Leopoldo Díaz)

*Del triste junio al promediar la noche,  
bajo lo luna mística que exhala  
vapor opiáceo del contorno de oro,  
meditabunda, absorta, está mi alma.  
Vapor que dulcemente, gota a gota,  
se desliza en la sien de la montaña,  
y por el valle universal, soñando,  
intérase con armonía vaga.*

*El romero se inclina ante la tumba,  
el lirio flota sobre la onda plácida  
y envuelto por las brumas duerme el lago  
como en sueño consciente y sosegado.  
Honda quietud... Toda belleza duerme.  
Y a los cielos abierta su ventana,  
abierta al cielo, en brazos del destino  
reposa Irene, muda y solitaria.*

*¿Es justo que en la noche quede abierta  
¡ay abierla a los cielos tu ventana?  
¿Es justo quede abierta para siempre,  
quede así, para siempre ¡oh noble dama?  
Los aires bulliciosos se deslizan  
alegres y parleros por tu estancia:  
los intangibles aires, tropel mágico,  
huyen y vuelven en sutil bandada,  
agitan del dosel los cortinajes  
con tan siniestra ondulación extraña...  
Encima de tus párpados cerrados,  
donde en profundo sueño yace el alma,  
y a lo largo del piso y sobre el muro  
elévase las sombras cual fantasmas...  
¡Oh! ¿No sientes pavor,, no te amedrentas?  
¿En qué sueñas, si sueñas, noble dama?  
Tú, que viniste de lejanos mares,  
tú, que llegaste de remotas playas  
para ser el encanto de los negros  
árboles mustios de llorosas ramas.  
Raros son los vestidos que te cubren  
en tu profunda palidez extraña.  
Extraños en verdad son tus cabellos  
y extraño es el silencio que te guarda.*

*La dama duerme. Su profundo sueño  
se prolonga sin término. Que yazga  
bajo el amparo del piadoso cielo,  
que le dé el cielo su custodia santa.  
Trocado este recinto y este lecho,  
sin que sus ojos a la luz se abran,  
que, por siempre repose mientras giran  
rondas leves de pálidos fantasmas.*

*Mi amor, ella dormita. ¡Qué en tranquilo  
sueño profundo para siempre yazga!  
Que a su alrededor arrastren los gusanos*

timidamente su viscosa planta...  
Lejos, allá en la selva envejecida,  
alcen para ella sepultura magna;  
alguna sepultura misteriosa  
que abriera, un tiempo, las oscuras alas  
de los regios tapices blasonados  
en las exequias de su noble raza;  
algún sepulcro aislado en cuya puerta  
más de una piedra inútil arrojara  
en su niñez alegre—alguna tumba  
de resonante puerta legendaria  
en cuyo umbral se estremeció de espanto,  
creyendo al acercarse, ¡desdichada!  
que en su interior los muertos respondían  
con honda voz y fúnebre palabra.

Edgardo Poe.

## UN NOVUM ORGANUM

La mente del hombre va en desarrollo, deslizándose en un plano que no tiene límite. Cada época, más o menos clara o más o menos elástica, forja su actitud y concibe su *organum*, su instrumento de lucha. El de Aristóteles condensó el esfuerzo filosófico de la antigüedad griega; y proyectó sus oficios hasta Bacon. Ahora hace falta el otro: la decadencia del racionalismo, sus insalvables antinomias y el advenimiento de la *lógica del corazón* de Pascal, lo imponen.

Si comparamos los dos mil quinientos años de cultura europea, con sólo un millón de años de esfuerzo—no con una eternidad de trabajo—se reducen, acaso, a unos pocos minutos de filosofía. El infinito del tiempo y del espacio nos invita a inenarrables esperas, a profundos cambios del alma. El fijo sistema no es más que un gesto iluso y soberbio del filósofo que deseara apresar al universo—diminuta libélula—entre las puntas de los dedos.

¡Qué lentitud la del hombre frente a los problemas del mundo! Geocéntrico, al principio; antropocéntrico ayer y hoy. Y, con una palabra nueva que ofrezco a la meditación del presente, *cognoscéntrico* en el inicio de nuestra era; y más, aun en su propia agonía.

Un *navum organum* cognoscéntrico es el que se prepara en la olla podrida de las disputas contemporáneas. Pero, más allá de él, el universo se incendia en una inacabable sucesión de horizontes. Sólo una palabra nos consuela de nuestro orgullo y de nuestra pequeñez sin medida: ¡Dios!

Moisés Vincenzi.

## EL YOGI Y LA SERPIENTE

En un campo vecino a una ciudad había una gran serpiente venenosa que a nadie dejaba pasar por allí temeroso de su mordedura.

Cierta día un santo yogi atravesó la senda camino de su retiro. La serpiente, en furecida, arrancó veloz hacia él para morderle; pero subyugada por el celeste efluvio de poder que irradiaba del santo sintió debilitarse su ferocidad y cayó sugestionada e inerte a sus pies.

El sabio, al verla así, le ordenó que en lo sucesivo se abstuviera de morder a nadie.

Obedeció al punto la serpiente, confinándose a su agujero desde aquel día; pero sucedió lo que tenía que acontecer: que el vecindario entero se dió cuenta de que la temida culebra había perdido su veneno. Seguidamente se dieron a perseguirla, acosándola y arrojándole gruesas piedras.

Entonces el animal, viéndose en trance de morir, recurrió en queja al sabio, recriminándolo por el perjuicio mortal que le acarrea por practicar su consejo.

—Ya ves, señor—le dijo la serpiente postrada a sus pies—cuando hacía el mal era respetada y temida por todos y ahora que no lo hago todos a una me desprecian y quieren asesinarne.

—Amiga mía—le replicó el sabio—yo te aconsejé simplemente que no morderas a nadie, pero no te dije que no los asustases lo que fuera preciso para tu propia conservación y tranquilidad. Aunque sigas, pues, no mordiéndolo, has de mantener a tus perseguidores a la debida distancia, espantándolos con tus silbidos.

Bossuet.

Pida  
Bavaria - Gold...



y le darán cerveza ..  
Cervecería Ortega-San José, Costa Rica

## GITANERIAS

No salgas nunca los sábados  
y martes por la mañana,  
días maduros de angustias  
que los astros no acompañan.  
Tu corazón es tormenta  
por una mujer extraña  
—quizá te clave alfileres  
y tu suerte se adelgaza—  
y no te sonrías, niña,  
que aquí lo afirma la espada.

Caminos, largos caminos  
mordiéndote frutas amargas;  
tú le buscas y él se aleja  
sabiendo cómo te daña;  
honores tendrá muy luego  
y para ti no los gana:  
¡qué ha de ganarlos si tiene  
un hechizo sobre el alma,  
una cruz sobre su nombre  
que aquella mujer te traza!  
No puedo seguir más, niña,  
tengo un sol en la garganta...  
Cuida de una noche negra  
que puedes quedar muy blanca.

Milá Oyarzún.

## EL MILAGRO

¡Oh la dulzura de poder evadirse siquiera un momento! ¡De sentir que las cadenas se rompen, de dejar el lastre de todos mis pesares, de todos mis fracasos, de todos mis recuerdos!

La primavera ha hecho el milagro, esta tarde. Había en el ambiente el encanto de miles y miles de flores abriéndose, de las espigas que coqueteaban con el viento, del olor de racimos silvestres y del arrullo de las palomas moradas. Y viendo y aspirando el radiante hechizo primaveral, he ido olvidándolo todo, y me he sentido lejos y libre.

Bendita seas, Primavera, porque a ti debo el milagro de haberme evadido un momento siquiera dejando el pesado lastre del dolor, y de haber sentido en mis hombros el loco agitar de dos alas.

Myriam Francis.

Junio de 1943.

### COLECCIONES DE ARIEL

Números 1 al 140 (2 grandes tomos empastados)..... ₡ 110.

## EL EMPLAZADO

El veinticinco de junio  
le dijeron a el Amargo:  
—Ya puedes cortar si gustas  
las adelfas de tu patio.  
Pinta una cruz en la puerta  
y con tu nombre debajo  
porque cicutas y ortigas  
nacerán en tu costado  
y agujas de cal mojada  
te morderán los zapatos.  
Será de noche, en lo obscuro,  
por los montes imantados  
donde los bueyes del agua  
beben los juncos soñando.  
Pide luces y campanas.  
Aprende a cruzar las manos  
y gusta los aires fríos  
de metales y peñascos.  
Porque dentro de dos meses  
yacerás amortajado.

Federico García Lorca.

—¿Ha venido mi paloma?  
le pregunto a la alondra por la tarde  
y al lucero del alba cuando asoma.  
Y el ave y el lucero  
—No ha venido—me dicen—la que espero.  
Y mi alma que la aguarda  
—¡Cuánto tarda—solloza—cuánto tarda!

Diego Dublé Urrutia.

## EL JARDIN DE LAS CARICIAS

Sus ojos

Algunas veces me divierto contrariándola. Inmediatamente, con el puño en la mejilla, se apoya en los codos, en actitud desafiante.

Podría oírse el aletear de sus pestañas.

Bajo sus párpados azules sólo se ve en sus ojos un resplandor horizontal.

Jadidja

Ofrecí tres rosas a las tres doncellas que se paseaban en mi jardín.

La maliciosa Jadidja me dijo:

—Has cortado tres rosas. Enséñame la que prefieres, la que no darías a nadie.

A hurtadillas le tendí un espejo.

El astrónomo

Brahim, el astrónomo, es muy sabio. Sabe hacia qué punto del cielo se dirige un cometa.

Pero ignora el lugar en donde todas las noches su mujer se encuentra con su amante.

*El collar*

Sin duda agrada a Zainab ese collar que le envías. Pero tal vez sus perlas lastimen un poco su cuello.

Yo también tengo una joven que permaneció en los países del Sol. Al despedirme le di un collar, cada una de cuyas perlas era una lágrima.

—Modelar una estatua y darle vida es grande; pero modelar una inteligencia, y darle la verdad es más grande todavía.—*Victor Hugo.*

## DISPUTA Y CONSECUENCIA

*¿Qué llevan en la espalda los jorobaditos?*

—Un mundo en cuyos polos hay una puerta con tres centinelas.

—No.

—Fruto para el invierno.

—Tampoco.

—Sus novias muertas.

—¡Cómo os equivocáis!

*Los jorobaditos son centranadistas de tréboles de cuatro hojas.*

*Andrés Sabella,  
(Chileno).*

## CURIOSIDAD MORBOSA

Cuando Damiens fué sentenciado a sufrir una muerte de las más rebuscadas y espantosas que puede imaginarse—dice Voltaire, uno de los académicos de París quería entrar al recinto reservado para la ejecución con el fin de presenciar aquel acto desde más cerca.

—Dejad entrar al señor—dijo el verdugo a los guardias que rechazaban al académico. Dejadlo entrar, pues se trata de un *amateur*. Aquel *amateur* era nada menos que La Condamine.

Por lo demás La Condamine era un hombre encantador, espiritual, célebre por sus viajes, miembro de la Academia de Ciencias y de la Academia Francesa; pero todas estas cualidades lo recomiendan menos, seguramente ante la posteridad que aquel defecto propio del hombre de los monos y de los pequeños perros—como lo describe Voltaire—defecto que no ha tenido prototipo más completo que La Condamine.

## EL BORRIQUITO

La voluntad, para quien la comprende y sabe utilizarla, es una fortuna inagotable.

Querer es poder, y poder es hacer.

Pues, señor, en aquel tiempo en que, según asegura Esopo, el gran fabulista griego, hablaban todos los animales (fenómeno que alguna vez en nuestros días se ha repetido...), abrió el león una escuela de párvulos, es decir, de animales pequeños.

Asistían a ella, con objeto de instruirse y de no hacer mal papel en la sociedad, entre otros varios discípulos, una ardilla muy lista, un zorro muy astuto, muchos perros de diferentes castas y una charlatanísima cotorra.

Eran todos animales de muy clara inteligencia, bien dispuestos para aprender, y pronto lograron adquirir conocimientos útiles y generales.

El león, satisfecho de sus discípulos, no quería admitir más, cuando un día presentose un borriquito de color ceniza, chiquitín, vivaracho y con las orejas muy largas.

—¿Qué desea usted, pollinejo?—le preguntó el maestro con mucha cortesía.

—Pues yo,—contestó el recién llegado,—quiero aprender lo que estos compañeros míos.

La ardilla, el zorro, los perros y la cotorra soltaron una carcajada.

—¿De qué se rien ustedes?—preguntó el león dando un rugido que hizo temblar las paredes de la escuela.

—Nos reímos—contestó la cotorra muy pizpireta—de ese borrico que quiere compararse con nosotros.

El león miró con desprecio al pájaro verde, y, volviéndose al asno, le habló de esta manera:

—Desde hoy asistirás a la escuela todos los días. Ya sé que Dios no te ha concedido gran inteligencia, como a esos otros animales; pero yo te aseguro que si estudias con ahínco llegarás a saber tanto como ellos.

Desde entonces el borriquito fué a la clase diariamente, y era de ver su constancia en repasar los libros, y la atención que prestaba para entender las explicaciones del maestro, poniendo, para oírlas mejor, tíasas, muy tíasas sus desmesuradas orejas.

Sus condiscípulos se reían de él y en todo el tiempo que permanecían en la escuela no hacían otra cosa que burlarse del pobre asno, haciéndole, aun los que no eran perros, las mayores perrerías. Ya figuraban dar coces contra los bancos; inventaban, en fin, todo lo que más pudiera humillar y ofender al paciente discípulo.

Pero éste no hacía caso. Si le llamaban burro, no se incomodaba, porque harto sabía que lo era, y se pasaba las horas estudiando, sordo a los insultos y a las burlas.

Llegó el fin de curso; formaban el tribunal de exámenes tres sabios de Grecia, a quienes llamó el león para que apreciaran los adelantos de sus discípulos, y presentáronse estos con el temor natural de quien va a ser juzgado por personas de tan superior inteligencia.

Todos temblaban al acercarse el momento; pero ninguno tanto como el borriquillo, que convencido de su escasa disposición para el estudio, temía no alcanzar ni siquiera la nota de mediano, y justificar así el desprecio de sus condiscípulos.

Fué el último que se examinó, y los otros, que, mejor o peor, habían ya salido del apuro, se reían al ver al pobrecito, lleno de susto, presentarse todo tembloroso ante el tribunal, con el rabo caído y las orejas gachas.

—Ahora te convencerás de que eres un asno—le decía el zorro.

—Y de que el más torpe de nosotros es más listo que tú—añadía la ardilla, que no se estaba quieta un momento.

—Anda, borrico, borrico—repetía la cotorra.

Pero, ¡cuál no sería la admiración de todos cuando vieron que el pollinejo contestaba sin vacilar a cuantas preguntas le hacían los tres sabios!

¡Con qué modestia, pero, al mismo tiempo, con cuánta seguridad se explicaba! Baste decir que los tres jueces le dieron la nota de sobresaliente, que no había logrado hasta entonces ningún discípulo, y una hermosa medalla de oro, que le colgaron del cuello y la cual relucía como el sol.

El león, satisfecho, orgulloso, sacudió la melena, dió un rugido y habló así, señalando con la garra derecha al pollinejo, que no se daba cuenta de lo que sucedía:

“Ahí tenéis el poder de la voluntad y de la constancia. De nada sirve la disposición natural si no se sabe aprovecharla para el estudio. No os burléis nunca de aquellos cuyas dotes intelectuales son escasas, porque de ello no tienen culpa; burlaos, sí, de los que con sobrada inteligencia, no saben, sin embargo, aprovecharla. Esos, esos, son los verdaderos borricos.”

Calló el león, rompió en un aplauso la concurrencia, y salieron del salón los perros con la

cola entre las piernas y las orejas caídas, la ardilla escurriéndose avergonzada, haciéndose el distraído el zorro, y la cotorra repitiendo en voz tan baja que apenas se le oía:

—¡Nos hemos lucido, nos hemos lucido, nos hemos lucido!

### EL VENERABLE OBOE

Dice una antigua superstición popular que el que toca el oboe se vuelve loco. Son los mismos músicos los que propalan esta vieja y absurda fábula. Quizá sea porque si ciertamente no es preciso ser loco para tocar el oboe, es indudable un grano de locura ayudar a tocarlo mejor.

Si hay que creer los rancios pergaminos que atestiguan la noble antigüedad del oboe no es extraño, con lo viejo que es, que de él se cuenten pintorescas leyendas y supersticiones. Aunque tal vez, como en tantos otros linajes de hombres y de cosas, haya más de ilusión y vanidad que de real prosapia. Pero los que creen saberlo dicen que en las tumbas egipcias de hace más de cinco mil años se encuentran ya instrumentos que no es demasiado aventurado considerar como primitivos oboes. Ante tal venerable antigüedad toma menos valor la especie de oboe que toca un soldado romano, en una piedra de la muralla de Adriano construída en el norte de Inglaterra en el siglo segundo de nuestra era. Es difícil seguir a lo largo de las centurias el desarrollo y extensión de la prolífica familia de los oboes, que van metiendo ruido por el mundo, con su voz unas veces grave y solemne, otras estridente y nasal, siempre con un dejo pastoril de dulzaina. Hasta que en el siglo XVI la familia produce seis respetables vástagos dignos de entrar en la orquesta: dos instrumentos de tipo alto y cuatro de tono bajo. Los primeros, al deformarse el nombre francés de *haut-bois* se convierten en los modernos oboes, mientras que los segundos se van transformando en el profundo y sacristanesco bajón, propio para acompañar a los salmistas en las más severas solemnidades.

Como tantos otros instrumentos musicales, el oboe toma noble rango en el siglo XVIII. Es el instrumento favorito de Handel; y en las obras clásicas de Bach, Haydn y Mozart se convierte en uno de los más expresivos y sensitivos de los instrumentos de viento. Y hoy, con su voz de soprano un poco ronca, que tan bien armoniza con el abigarrado conjunto sinfónico, se obtienen con él efectos bellos y sorprendentes.

B. B. C.

## EL PODER DE LA ELOCUENCIA

Considérase como el mayor triunfo de Cicerón, el gran tribuno romano, la defensa que hizo de Ligurio. Este había sido acusado de haber dirigido sus armas contra Julio César, y el dictador en persona asistió a la audiencia en que su adversario iba a ser juzgado, para influir así en el ánimo de los magistrados. No obstante el gran odio que sentía César por Ligurio, apenas Cicerón comenzó a hablar, siguió con gran atención y muy emocionado, la defensa del gran orador. Y cuando éste describió, con maravillosa elocuencia, la conducta de Ligurio en la batalla de Farsalia, el dictador dejó caer de sus manos los documentos que trajera para acusar a Ligurio, abandonando de este modo el proceso.

### LA CURA DEL ODOIO

Estoy persuadido de que lo único que degrada realmente al hombre es el odio, porque es lo único que le hace retroceder velozmente hacia la fiera. El hombre experimenta al sentirlo el dolor por excelencia, dolor de los dolores. ¡Cómo que es la ruina de todas sus ilusiones de grandeza, la pérdida de sus fueros más venerados!

El negocio más importante de nuestra vida debe ser, pues, desembarazarnos del odio. Cuanto trabajemos en este sentido, será ganancia para nuestra felicidad.

¿Cuáles son, pues, las armas que debemos empuñar para combatir el odio? Las que tenemos más al alcance de la mano: nuestras mismas pasiones. Si no podemos vencerlas, debemos encauzarlas por medio del principio inteligente que en nosotros reside.

Si quieres no padecer la enfermedad del odio, compadece. Muchos fisiólogos y filósofos aseguran que la piedad es un sentimiento deprimente. No hay que pensarlo. Todos los sedantes son deprimentes en cierto sentido, pero necesarios para que el dolor no ariquite el organismo. La piedad es el principio del amor, es el amor mismo. Si logras compadecer, toda tu saña se fundirá inmediatamente como la nieve al influjo de un rayo de sol.

Tal es la cura antiséptica que propongo contra la úlcera del odio.

Armando Palacio Valdés.

### BUFETE DURÓN

Law office.

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

## FRASEOLOGIA ECONOMICO-FINANCIERA

*Agio.*—Cantidad en que el precio corriente de una moneda o billete excede al valor nominal de la misma.

*Agiotaje.*—Especulación que tiene por objeto obtener lucro con las oscilaciones de precio de las monedas, de los títulos, y en general de toda mercancía.

*Alcistas.*—Los que compran esperando un alza en el precio de los efectos que negocian.

*Alijo.*—Operación que consiste en transbordar o en desembarcar la carga de una nave mercante.

*Arqueo.*—Comprobación por medio del recuento de las existencias de Caja.

## LA FLOR DE LOS ANDES VENEZOLANOS

El frailejón (*Speletia americana*) es la planta más típica de nuestras altas regiones andinas. Por una de esas paradojas de la Naturaleza, precisamente cuando después de los 3.500 metros de altitud empieza a menguar toda vegetación, la hermosa *speletia* señala su voluntad de florecer y de vivir. Y mientras más se asciende por los páramos venezolanos, la planta se hace más rica de formas y más bella. Las variedades mejores se encuentran, generalmente, a una altura de 4.000 metros. Desde el punto de vista biológico, la maravillosa planta es un ejemplo de la adaptación al medio y de la lucha por subsistir: para soportar el embate de la ventisca y la helada paramañá, las hojas y el tallo están cubiertas de un refulgente terciopelo vegetal que brilla al sol y cumple su oficio de abrigar y de proteger como las *truana*s de los pastores andinos que trabajan en aquellas soledades. En las hojas del frailejón sumen sus manos ateridas, buscando calor, los viajeros que atraviesan los páramos. Sus flores amarillas o blancas—de una blancura irreal—son como el último canto a la vida, a la naturaleza pródiga, en la cumbre más solitaria y desolada. Las gentes del páramo dan, también, otro empleo pastoril y utilitario a las hojas del frailejón; éste decora las ramadas del pesebre de Navidad en la más modesta casuca campesina, o sirve para envolver la fresca y espesísima mantequilla que se lleva a los mercados de las poblaciones serranas—Timotes, Mucuchíes, Mérida—. Los gastrónomos regionales encuentran un maravilloso gusto, perfumado y agreste, en esa mantequilla conservada en las hojas del frailejón.”

## CROWLEY

Un 7 de mayo la ciudad de New York presencié la más sensacional caza de un hombre jamás conocida en la vieja metrópoli al cabo de muchas semanas de persecución. *Dos Pistolas Crowley*, el asesino, el pistolero que no bebía ni fumaba—se vió sorprendido, atrapado en el departamento de su novia, en la Avenida West End.

Ciento cincuenta agentes de policía y pesquises pusieron sitio a su escondite del último piso. Horadando el techo trataron de obligar a Crowley, *el matador de vigilantes*, a que saliera de allí por efecto de los gases lacrimógenos. Luego montaron ametralladoras en los edificios vecinos y durante más de una hora, aquel barrio, uno de los más lujosos de New York, reverberó con el estampido de los tiros de pistola y el tableteo de las ametralladoras. Crowley, agazapado tras un sillón bien acolchado, disparaba incansablemente sobre la policía. Diez mil personas presenciaron la batalla. Nada parecido se había visto jamás en las aceras de New York.

Cuando Crowley fué finalmente capturado, el jefe de policía Multroney declaró que el famoso delincuente era uno de los más peligrosos de la historia de Nueva York. *Es capaz de matar—dijo—por cualquier motivo.*

Pero, ¿qué pensaba *Dos Pistolas Crowley* de sí mismo? Lo sabemos, porque mientras que la policía hacía fuego graneado contra su departamento escribió esta carta dirigida: *A quien correspondía*. y al escribir, la sangre que manaba dejó un rastro escarlata en el papel. En esta carta expresó Crowley: *Tengo bajo la ropa un corazón fatigado, un corazón bueno, un corazón que a nadie haría daño.*

Poco tiempo antes Crowley había ido a abrazar a una mujer en un automóvil en un camino del campo, en Long Island. De pronto un agente de policía se acercó al coche y dijo:

—Cuiero ver su licencia.

Sin pronunciar palabra, Crowley sacó su pistola y calló para siempre al vigilante con una lluvia de plomo. Cuando el agente cayó, Crowley saltó del automóvil y disparó otra bala en el cuerpo tendido. Y este es el asesino que dijo: *Tengo bajo la ropa un corazón fatigado, un corazón bueno, un corazón que a nadie haría daño.* Crowley fué condenado a la silla eléctrica. Cuando llegó a la cámara fatal en Sing-Sing, no declaró: *Esto es lo que me pasa por asesino.* No. Dijo: *Esto es lo que me pasa por defenderme.* La moraleja de este relato es: *Dos Pistolas Crowley* no se echaba la culpa de nada.

*Dabe Carnegil.*

## LA EMOCION DE LA SOLEDAD

Al grito de Proust—*¡Qué solitarias están las almas!*—nos arrodillamos ante la honda soledad del mundo. La del tumulto humano que nos envuelve, aun con su mismo estrépito, con sus guerras, con sus risas, con sus lágrimas en un pavoroso silencio.

Vamos perdidos entre el laberinto de todas las cosas. El dolor de no saber más, escasamente, que somos una sombra entre otras sombras; de ignorar nuestro propio secreto, como el misterio de la flor, de la estrella y del átomo. El de no saber si nuestra razón es, al fin de todo, no más que un mito. Si el amor de los hombres—*¡oh Francisco de Asís, temblorosa esperanza de lo divino!*—es un símbolo o un sueño.

Pero la soledad cimera se arrebujó, asombrada, alguna vez, en la cruz. Su voz, más grande que todas las voces, llenó de amargura, más allá del Gólgota, a toda la tierra, para erguirse luego, no obstante sobre la miseria humana, como una indeclinable esperanza: *Dios mío, ampárame.* Es que sólo él podrá salvarnos del abandono infinito en que se retuerce el alma del hombre.

*Moisés Vincenzi.*

## CONOZCAMOS NUESTRO BELLO IDIOMA

*Otalgía.*—Dolor de oídos.

*Otólogo.*—Médico de enfermedades del oído.

*Palacra.*—Pepita de oro.

*Paladino.*—Público, claro, patente.

*Paladinamente.*—Públicamente.

*Paleografía.*—Arte de leer la escritura y signos de los libros y documentos antiguos.

*Pulmo.*—Cuarta parte de la vara.

*Palurdo.*—Tosco, grosero, campesino.

*Pandermonium.*—Lugar en que hay mucho ruido y confusión.

*Paradigma.*—Ejemplo o ejemplar.

*Paralogismo.*—Razonamiento falso.

*Parannesia.*—Perversión de la memoria con ilusiones de recuerdo, aunque conservando ésta la imagen de la realidad de conjunto.

*Paramiología.*—Tratado de refranes.

*Paremia.*—Refrán, proverbio, sentencia.

*Parentación.*—Solemnidad fúnebre.

*Pávido.*—Tímido, medroso, lleno de pavor.

*Peculado.*—Robo al Erario Público.

*Pelafustán.*—Persona holgazana, perdida y pobretona.

*Penigero.*—Alado, que tiene alas y plumas.

*Péñola.*—Pluma.

*Perspicuo.*—Claro, transparente, terso.

## FUTURO DEL GENERO HUMANO

—¿Qué reserva el futuro para el género humano? El género *homo* ha existido ya por tres o cuatrocientos mil años; la especie *homo sapiens* tiene ya en su haber alrededor de cincuenta mil años. Si el promedio es aplicable, podemos esperar cerca de o casi medio millón de años más de existencia para nuestra clase y, luego, o el olvido si llegamos al final de un sendero sin salida, o el desarrollo progresivo en un tipo de descendiente mejor adaptado que nosotros a la totalidad de factores ambientales de la época.

Kirtley F. Mather.

## PARRAFOS INTERESANTES

—Epicuro, al morir, escribe a Ydomeneo: —*Te escribo en el más feliz y en el último día de mi vida. Experimento dolores de vejiga y entraña tan agudos que nada podría aumentarlos. Pero ellos son ahogados en el placer que escancia a mi espíritu el recuerdo de mis dogmas y mis descubrimientos.*

—Tráscas, en la agonía, sacude la sangre de sus brazos gritando: —*Ofrezcamos esta libación a Júpiter libertador.*

—El característico que Napoleón sea, para Nietzsche, el boceto del superhombre, como él es el héroe de Stendhal; Napoleón, el italiano, que Maquiavelo hubiera preferido a César Borgia; Napoleón, este César mejor desarrollado, este *príncipe* que triunfó vastamente... y mucho tiempo.—*Ryner.*

—Calicles, no obstante su amor al placer, no se esclaviza a éste. Defiende su libertad interior y permanece dueño de sí:—*Poseo a Láis, pero ella no me posee.*

—El gran epicúreo francés, Montaigne, nos choca por su cobardía o su indiferencia ante la ciudad invadida por la peste, pero ¡cuánto nos encanta su amistad con La Boétie!—*Ryner.*

—Dice Alfredo de Vigny que *la esperanza es la peor de nuestras cobardías.*

—Thiers se burló del poeta Lamartine, que creía en el futuro de los ferrocarriles. Cree saber bien Thiers que este juguete no transportará a los viajeros más allá de París a San Germán.

—Cuando se dió a la Academia de Ciencias la primera experiencia del teléfono, ésta acusó al experimentador de ser un prestidigitador y un ventrílocuo.

—Pocos años antes de que Santos Dumont triunfase en su primer vuelo, la misma Academia de Ciencias decidió no tomar ya en serio

cualquiera comunicación sobre el *más pesado que el aire*, tan ridículamente paradójico, más visiblemente quimérico que la cuadratura del círculo o que el movimiento continuo.

—*Soy semejante*—decía Diógenes de Sinope—*a los profesores de música que fuerzan el tono para conducir a sus discípulos.*

—La obra maestra de Epicteto no se llama el *Manual*, se llama Epicteto. La obra maestra de Spinoza es, más que la *Ética*, Spinoza mismo.—*Ryner*

## TESOROS ENTRE VIEJOS LIBROS

Muchos de nosotros podemos emprender la búsqueda de un tesoro pirata perdido desde largo tiempo. Pero, para cada uno, existe muy próximo a su casa, un tesoro que espera su descubrimiento.

Algunos ya lo encontraron y otros ganan su vida con ellos.

Solamente pocas personas saben que, efectivamente, cientos de muy conocidos libros americanos se han convertido en valores durante los últimos años; algunos de mucha monta. Ninguno de estos volúmenes tiene menos de cien años. Se encuentran en viejos anaqueles o buhardillas, en negocios de compra-venta o en remates; pueden ser descubiertos igualmente en distritos campesinos o en centros metropolitanos. A decir verdad el aldeano tiene mejores ocasiones que el cazador de libros urbanos. El granjero o el parroquiano no tienen inclinación a explorar su heredada posesión, como el habitante de la ciudad.

¿Cuáles de esos libros son valiosos?

¿Qué se debe saber para encontrarlos?

¿Cuánto valen?

¿De qué manera se pueden cambiar por dinero?

Algunos libros valen, porque son poco abundantes. Técnicamente se conocen como *primeras ediciones*.

En 1850 se publicó en Boston un libro titulado *Scarlet Letter* (letra escarlata), de Nathaniel Hawthorne. No se sabe en cuántos ejemplares fué impreso. Uno de esos ejemplares significa la suma de 750 dólares para el coleccionista de libros.

La búsqueda de libros-rarezas exige un conocimiento detallado de los principales libros aparecidos en el país, de la fecha de las primeras ediciones y, a veces, de informes especiales necesarios para identificar los ejemplares preferidos. Por ejemplo: Respecto a *Scarlet Letter* es digno de saberse que los ejemplares tasados en 750 dólares no sólo deben estar fechados en su tapa con la cifra 1850, sino también contener un error de

impresión en la página 31, tiene 20. allí encontrará usted la palabra *reduplicate* en vez de *repudiante*.

Todos esos informes son muy interesantes. Las bibliotecas públicas poseen escritos al respecto y un estudio racional permite estar instruido de cómo deben buscarse estas rarezas. La recompensa, ciertamente, merece el esfuerzo.

La gema de los libros americanos raros es un pequeño volumen aparecido en Boston en 1827, escrito por el famoso maestro Edgar Allan Poe. Se titula: *Tamerlane and other Poems Written by a Bostonian* (Tamerlane y otros poemas escritos por un bostoniano). Tan poco abundante es este volumen, que un ejemplar irreprochable cuesta posiblemente 10.000 dólares. Hasta hoy sólo se encontraron diez ejemplares, pero ¿quién sabe si algún bienaventurado no descubrirá otro?

Otros libros valiosos son *Fanshawe: A Tale*. (Franshawe: Relato), de Nathaniel Hawthorne, editado en 1828, y ahora tasado en 5000 dólares; *Prose Romance. Number I*, de Poe, 2000 dólares.

Se comprende que no todos los libros raros alcanzan esas sumas. Por ejemplo, la primera edición del famoso cuento de ambiente marino *Moby Dick*, de Herman Melville, editado en 1851, es un libro de 500 dólares. *Little Women* (Mujercitas), de Louisa May Alcott, escrito en dos volúmenes, fechados en 1868-1869, es un libro de 400 dólares. La primera edición de *Uncle Tom's Cabin* (La cabaña del Tío Tom), de Hawiet Beecher Stowe, aparecida en 1852, es un volumen de 300 dólares.

Sin embargo no todos los libros dignos de ser hallados son viejos. *Stories Without Women* (Cuentos sin mujeres), de Donn Byrne, editado en 1915, ya vale 100 dólares. El primer escrito aparecido del dramaturgo americano Eugenio O'Neil, que publicó en 1915 bajo el título de *Thirst* (Sed), vale 50 dólares en los círculos de buscadores de libros. El más nuevo ejemplar es *Anthony Adverse*, de Hervey Allen, tasado ahora en 15 dólares aunque apareció en 1933.

Cambiar libros raros por dinero es el último paso. A ese fin tres caminos se abren ante el buscador de libros.

Se encuentran más fácilmente coleccionistas privados; si se les encuentra puede ser que no se interesen justamente por el libro que se le oferta o no pueden, por causas económicas, comprarlo.

La segunda posibilidad se halla en los remates de libros. En Nueva York y Chicago se efectúan, todos los inviernos, subastas públicas de libros raros. Cualquiera puede enviar allí un libro para ser vendido. Se exige un pago por los gastos que

acarrear el registro y la inclusión del ejemplar en el catálogo de venta. Por otra parte, debe ser abonado un tanto por ciento del importe de venta. La venta por subasta es similar a los juegos de azar porque el precio que se recibe depende del interés del comprador.

Por último resta el negocio de compra y venta de libros. Evidentemente allí se pagará solamente una parte del valor efectivo del libro porque el negociante debe buscar a un cazador de libros viejos.

Como medio para ganar dinero durante las horas libres, la caza del libro no solamente da una posibilidad de provecho, sino también, la existencia de una acilindad con apenas un poco más de inversión que tiempo y conocimiento.

#### Cervantes

Siempre nos estamos quejando de que la vida es muy corta; pero apenas deseamos alguna cosa nos parece que el tiempo transcurre muy lentamente. Esto hacía decir a un autor inglés, Steele:

—Los hombres desean alargar su vida en conjunto y acortarla en los detalles.

#### MARCO AURELIO

Kant dice que los reyes se hagan filósofos o los filósofos reyes no es cosa que puede esperarse; tampoco debe ser deseado este cambio porque la posesión del poder corrompe inevitablemente el libre juicio de la razón.

Si la Historia no conoce ningún rey que se haya hecho filósofo, conoce, no obstante, algunos filósofos que se hicieron reyes. Su poder no tardó en destruir su filosofía. Federico, príncipe presuntivo, escribe con una sinceridad superficial indudablemente, pero real e indignada, el *Anti-Maquiavelo*. Siendo rey obedece mejor que cualquier otro los preceptos de Maquiavelo. Es Maquiavelo coronado. Dieciséis siglos antes de él, Marco Aurelio con, una buena voluntad mucho más profunda se esfuerza por realizar la República de Platón... ¿Cómo luego se siente en desacuerdo consigo mismo!

Su filosofía condena la guerra:

“La araña se enorgullece de cazar una mosca; ésta de atrapar un gazapo; éste de pescar una sardina; aquél de hacer presa en un jabalí; el otro de hacer sármatas prisioneros. Desde el punto de vista principesco, todos bergantes.”

Su función lo conduce a prender sármatas y a matarlos. “Como Antonino tengo por patria a Roma; como hombre al mundo.” Poco a poco Antonino mata en él al hombre. Y he aquí cómo

este ser, grave hasta la tristeza, condena en una carcajada a los príncipes y a la filosofía. "¡Qué mezquinos políticos estos pigmeos que pretenden reglamentar los negocios sobre los principios de la filosofía! Son como chicuelos a quienes se limpí la nariz con un pingajo." Así destruye un filósofo. Y siendo emperador no hace menos mal que otro cualquiera. Persigue a los cristianos. Mata a la dulce Blandina. Sobre este estoico infiel debe recaer la palabra de otra de sus víctimas. El mártir Atalo, sentado en el hierro enrojecido, mientras su carne se tostaba como la de un asado, llamaba a sus verdugos *comedores de hombres*.

La política mató en Marco Aurelio toda libertad ética. No puede más que sufrir y desesperarse: "¡Oh muerte, no tardes mucho en venir, de miedo de que yo mismo llegue a olvidarme de ti por completo!" La muerte tarda, aun después de haberse olvidado el mismo y resuelve el problema de un modo poco elegante, absteniéndose de alimento hasta que no queden ni las ruinas del filósofo, ni el triunfante y melancólico emperador.

*Han Ryner.*

## LOURDES

La ciudad de Lourdes, de cuyo origen no se tienen datos auténticos, era ya famosa en 1858. año en que ocupó lugar prominente en el mundo religioso y desempeñó trascendental papel en el cambio radical que hubo de experimentar el ambiente local.

Una joven aldeana afirmó que se le había aparecido varias veces la Virgen María en una gruta en las peñas de Massabielle que forman parte de Lourdes. Una comisión nombrada por el obispo de Tarbes para que hiciera la investigación correspondiente confirmó lo dicho por la joven aldeana. Al difundirse tal noticia por el mundo católico se inició una corriente de peregrinación que estaba destinada a ser incesante y dió ella motivo para que en todas partes surgiesen comunidades religiosas con el nombre de Nuestra Señora de Lourdes.

En tiempo de paz acuden a Lourdes cada año unos 600,000 peregrinos, aproximadamente, los más de los cuales escogen para el efecto el mes de agosto. De ahí que el negocio principal de la población, consistente en 9,000 almas, viniese a ser el de procurar alojamiento para los peregrinos, y que hubiera que ir abriendo cada día mayor número de posadas, restaurantes y tiendas. Lourdes, que siempre ha

disfrutado de fama por su chocolate, recibía también buenos ingresos derivados de la explotación de la pizarra y el mármol de sus canchales, y los buenos pastos en que abundan sus campos los han hecho siempre ideales para la cría de excelente ganado vacuno.

Hállase al sudoeste de Francia, al pie de los Pirineos y a costa de 32 kilómetros de la frontera española, y por dicha ciudad pasa el ferrocarril que enlaza a Pau y Tarbes. Tiene la ciudad un barrio viejo y uno moderno, por el último de los cuales pasa el torrencial río Pau. Una calzada comunica a la ciudad con el santuario, con la *basílica construida sobre la gruta y con la iglesia de estilo bizantino de Nuestra Señora del Rosario, que acabó de edificarse en 1889.*

## FUNEBRE MAL

*En vano en los salones deslumbrantes,  
donde la nota del placer resuena,  
alivio buscarás para tu pena,  
constelada de rosas y diamantes.*

*Para tu mal no encontrarás sedantes,  
ni ensueño azul, ni medicina buena,  
y los bailes y el flirt, falaz sirena,  
te aburrirán cual te aburrieron antes.*

*Tu dolencia es horrible y sin remedio:  
como un vampiro te devora el tedio,  
feroz verdugo con distintos nombres.*

*Sonríen con dolor tus labios rojos...  
Y se ve en el abismo de tus ojos  
el asco de la vida y de los hombres.*

*Froylán Turcios.*

## EL HIMNO DE CLEANTO

Nada se hace sin ti sobre la tierra ¡oh Dios!  
Nada en el cielo etéreo, nada en el mar, nada,  
excepto los crímenes que los malvados cometen  
en su locura. Por ti lo que es excesivo se adapta  
a la medida; la confusión se torna en orden  
y la discordia en armonía. Fundes de tal modo  
lo que está bien con lo que no lo está, que se  
establece en todo una ley única, eterna, que sólo  
los réprobos abandonan y desprecian.

(\*) Cleantro o Cleantes.—Filósofo griego estoico de fines del siglo IV y principios del III a. de J. C.

Discípulo de Zenón, escribió tratados sobre *Dialéctica*, el *Tiempo*, los *Dioses* y la *Fisiología*, así como un *Himno a Júpiter*. Fué el maestro de Crisipo.

## EL ÚLTIMO IDILIO DE CERVANTES

Desde este prado en primavera y bajo este azul helénico, arrebujaado en la clámide de mis pensamientos lejanos, te estoy viendo, mi viejo Cervantes, no ya en el *Corral de la Pacheca* donde solías exultar tus veinte años con divertidas aventuras, parcas libaciones de buena botija, y parlerías maliciosas entreveradas con tal cual comedia de Maese don Lope de Rueda, tu monitor y amigo, ni siquiera te veo en la librería de don Francisco de Robles en cuya trastienda acostubrabas chismear con otros novelistas venidos a menos y en trance de olvido, sobre minucias de la Corte o sobre el regreso de un tío cualquiera, de un compadre del vecindario que hizo América suertuda.

No, Padre Cervantes. Me parece verte ahora, sentado en un mesón oscuro de las afueras del pueblo, al caer el crepúsculo, mirando barcos imaginarios procedentes de Indias, masticando antiguos recuerdos como un galgo viejo, y soñando aún en lo fortuna veleidosa, que es agua escurridiza en manos que tienen pluma.

Ya ibas, por esos años, entrando un poco a la capilla penumbrosa del vivir longevo, en esa doliente estación de la vida otoñal en que los deseos se destiñen y las esperanzas toman un color lúvido de violeta amarilla de convalecencia. Cuando yo te miraba de reojo, desde un rincón de la fonda, me daba cuenta, con pesar, de que estabas casi viejo, porque en tus sienes aparecían rescoldos cenicientos y en tu boca y mejillas respuntaban unas alarmantes arrugas que eran, a mi entender, como las huellas digitales que con sus falanges yertas te hubiese dejado la Señora Muerte, en aviso de que ya era hora de hacer morral y de aceitar bien las botas para el viaje misterioso del que nadie vuelve, como si todos los caminantes no tuvieran más itinerario que los glaciales brazos de Antinea.

Por ese entonces, ya Catalina, tu mujer, tu simploga mujer que te acoyundó con sogas de matrimonio y nunca te llevó el apunte porque jamás te comprendió la pobre, se te había muerto sin darte unos ochavos que tenía la muy guardosa, por culpa de los chismes del canónigo tu cuñado, que te puso malquistado con la desapacible consorte. Tus peticiones para que te nombraran alcablero o notario en Santa Fe de Bogotá, dormían sueño de ostra en las covachuelas oficiales, sin darte nota de cortesía siquiera. En fin, todas las calamidades arreciaban sobre tu alma heroica y los recuerdos arcabuceaban tu corazón como los infieles lo hicieron

con uno de tus doctos brazos en la memorable y nunca vista batalla de Lepanto.

Desde aquí te miro, cavilando con tus pensamientos y evocando tiempos idos, sentado sobre una tarima que da al camino, recostada contra la pared de la fonda, desde donde te ponías a mirar el paso de los caminantes, con quienes canjeabas a veces lindas frases cuando ellos se acercaban al mesón a volcarse una copita de buen trago. Todo un desfile de hazañas pasaron por tu pensamiento esa tarde en que yo figaba tus ademanes: el cautiverio de Argelia en manos de herejes, al fin redimido gracias a los Padres de la Santísima Trinidad y a algunos maravedises de tu familia, la prisión por deudas primero y luego por calumnia de asesinato, el desprecio y las burlas de Lope y de todos tus contemporáneos, menos Quevedo, que sí te avaloraba como oro en paño, y en fin, todo en ti indicaba que pleiteaste *el paño prestado de tu capa, o la cuchillada de duelo anónimo en que el destino te pusiera por testigo, y el yerno que te reclamaba con tenazas la dote imposible de tu hija, y el cura de Esquivias y los grillos...* ¿Para qué seguir este rosario de infortunios? Todos ellos se retrataban en el gesto de tu boca y en tus ademanos de cansado peregrino.

Pero así y todo, como eras nada agallinado para enfrentarte a los azares de la vida y no capitulabas por tener algunos mechones plumizos, aún había alpiste en las palmas de tus manos donjuanescas para aquerenciar lindas mozueltas del vecindario. Una de ellas, la que recibió los últimos tributos de tu corazón adolorido, fué la niña Ana, la que conociste en la proletaria venta, en uno de esos ratos perezosos en que oteabas el camino desde el poyo, al despuntar la tarde. Para ella, en gratitud de los que te amamos, van estas palabras amigas, ¡oh abuelito Cervantes!

¿Quién era Ana Franca? Nadie lo sabe, y no hay biógrafos ni historiadores que hubiesen podido husmear en anaqueles y archivos datos sobre la *dulce desconocida*. Son vagas las noticias, pero es de suponer, que, dada la desgracia y decadencia del Manco, y sus frecuentes visitas a la pulpería afuereña, allí fué suya desde los primeros currucuteos de viejo verde pero aún con mañanas triunfales, como a los ochenta el señor Marqués de Bradomín. Es casi seguro que no fué duquesa ni dueña tan siquiera, sino algo más que fámula y menos que señora, quiero decir de medio pelo *dama entre nogal y granadillo*, según escribía Vélez de Guevara, lo cual es híbrido fruto social de muy gratos sabores, a estar por lo que se oye en calles y mesones. No obstante, esto no empece para que fuera tal vez doncella, y de una fisonomía graciosa

sa. ¿Por qué no? ¡Cervantes sabía rastrillar muy bien el ala y aún daba candela su eslabón para darse a querer como si fuera mozo de extremado brío!

En todo caso, los cervantófilos estamos muy agradecidos de ella porque contra su seno recostó la inmortal cabeza, y melificó su boca las amargas del ingenioso hidalgo con gotas de cariño y cariciosas palabras, sin fijarse en que era viejo, ni en que su bolso estaba más entelerido que estropajo.

Para tí, Niña Anita, esta bella jaculatoria de Alberto Gerchunoff; "—Es el caso que Ana Franca pobló su soledad, y mientras seguía ardiéndose la existencia quimérica de la pastora esquiva de la novela, Cervantes vivía su último idilio de juventud y en su espíritu renacía al contacto de la amiga bienhechora, el sabor de los sueños gozados en el tránsito de los países luminosos, cuando su recia mocedad tentaba con donosa confianza la conquista de la gloria y de la fortuna. ¡Oh suave amiga del Caballero de la Triste Figura! Nadie sabe cómo te apareciste en su vida ni cómo de ella te apartó. ¿Era negro tu cabello como el de las turcas que detrás de las celosías contemplaban el desfile de los cristianos cautivos, o era áureo y caído en húmedos rizos sobre la sien, como el de las madonas vivientes cuya presencia iluminaba la fosca lobreguez de las juderías? En la niebla del tiempo ido se borró tu imagen. Más yo te evoco ahora, con murmullos que son una plegaria, con mínimas palabras en que pongo la unción del rezo. Amo los borrosos recuerdos de lo que ya no es, los sonidos que se apagaron en las tinieblas antiguas, el eco de las caricias que temblaron en las almas extinguidas. Si fuero músico o poeta, haría de tu nombre una canción, una canción de infinita dulcedumbre, para que los hombres la repitieran al amar y al sufrir, en el momento en que la felicidad se acerca o en el momento en que todo se ennegrece. Con tus brazos hechos claro rudo cubriste de delicias al peregrino que rendía al mundo su inmenso tesoro; con tu boca encendida sofocaste en su boca la queja de la desdicha y le inspiraste el soplo de fuego que comunicó a los seres creados por su fantasía. ¡Oh dulce desconocida! Velaste sus insomnios, acuciaste sus anhelos y fuiste la buena musa, valerosa y confiada, que lo vestiste de encanto y de poesía. Pasas por su vida como una aparición y tienes de las apariciones felices la divina brevedad y la realidad prestigiosa. ¡Madre de Dulcinea, inspiradora oculta de las empresas singulares, surtidor murmu-

rante de los cánticos, fuente de los inmortales suspiros, emblema de los amores inextinguibles y efímeros, tú eres la mujer del héroe en la que se piensa en las decisiones y en la que se cifra el objeto de las aventuras maravillosas: desde la cumbre de los siglos, Don Quixote, rescatador de princesas y conquistador de imperios, rey de la ilusión y maestro de la sabiduría, te saluda con su espada. Y yo te digo:

*¡Ave María, Gratia Plena!*

*Bernardo Arias Trujillo.*

## POR QUE LA VENUS DE MILO PERDIO LOS BRAZOS

Hace poco tiempo un turista norteamericano que salía de Grecia fué objeto de la habitual revisión aduanera. Entre sus múltiples valijas y baúles, llevaba un bulto sospechoso. Lo abrieron. Era un brazo esculpido en mármol.

—¿Qué es esto?—inquirieron.

Después de algunas evasivas, el hombre respondió:

—Es uno de los brazos de la Venus de Milo.

Después de la sorpresa imaginable, las cosas se aclararon debidamente. El crédulo turista había sido objeto, naturalmente, de un engaño. El brazo de la Venus de Milo, que le habían vendido era una mera mistificación. Uno de los muchos brazos similares que venden a centenares ciertos mercaderes que se dedican a la pesca de ingenuos.

Pero ese trivial episodio aduanero ha tenido la virtud de recordar una interesantísima historia, que tiene, además, un corolario de misterio.

La historia es ésta:

Yorgos Botoni, un beatífico campesino griego, se levantó de madrugada cierto día de febrero de 1820, para ir a cavar la tierra de una pequeña finca de su propiedad, en la isla de Milo.

Una hora después, cuando Botoni estaba en plena tarea, su pico se precipitó de pronto en un enorme agujero abierto bajo sus pies, dentro del cual cayó también el labriego.

Sin darle tiempo para exhalar un grito, Botoni, se halló de pronto entre una densa polvareda de terrones y pedruscos, y dentro de una gran cavidad subterránea, donde creyó ser enterrado vivo.

Pero apenas se repuso de su pánico, advirtió que la tal caverna estaba edificada. Era un templo. Y a pocos pasos de él, una mujer desnuda, blanca como el nácar, parecía contemplarlo inmóvil... No era una mujer: era una estatua.

Sabiendo que muchos ricos andaban por la isla en busca de antiguas obras de arte, y que las pagaban a precio de oro, Botoni se lanzó inmediatamente a la busca de un buen comprador. Y fué así como aquella noche llegó hasta allí el cónsul francés, monsieur Louis Brest, quien supo apreciar que se trataba de una joya artística de incalculable valor.

Ansioso de conquistar para su país esa obra de arte, monsieur Brest dió aviso a los oficiales de una fragata francesa, la *Chevette*, que se hallaba haciendo escala en Milo, para que juntasen el dinero necesario y se la llevaran. El asunto urgía, pues apenas las autoridades turcas tuvieron noticias del hallazgo, lo confiscarían de inmediato.

Pero, por otra parte, ante la probabilidad de que se produjeran complicaciones con los turcos, prefirieron los oficiales franceses llegar a Constantinopla, y, una vez allí, encargar al embajador francés que gestionara ante el sultán el permiso para adquirir la estatua para Francia.

Más al llegar a Constantinopla supieron que el embajador francés no se hallaba en buenas relaciones con el sultán. Y el propio embajador les aconsejó que se volvieran cuanto antes a la isla de Milo, que consiguieran la estatua a cualquier precio y la cargaran en la fragata antes de que fuera tarde.

En Milo, mientras tanto, habían seguido los acontecimientos:

La nueva del hallazgo había llegado a oídos del cura de la isla: Oikonomos Verghi, quien aprovechó la oportunidad para ganarse el favor del gobernador turco, Mourouzi Pasha, a quien se la transmitió en seguida. Y el gobernador dió orden, a su vez, para que la hermosa escultura fuese trasladada a su magnífico palacio, sobre la costa del Cuerno de Oro.

Una dotación de hercúleos marinos turcos fué encargada de efectuar el transporte, trasladando la estatua a una balsa. Y se hallaban entregados a su tarea, cargando el glorioso mármol en camino al muelle, cuando llegó a visitarlos la fragata francesa, que venía a buscar el mismo tesoro.

En un abrir y cerrar de ojos los marinos franceses se arrojaron sobre los turcos.

Tan cruenta fué la lucha, que hasta hubo algunos muertos. Y una veintena de heridos. Pero, al fin, la pelea se decidió en favor de los galos.

La Venus era de ellos. Y la *Chevette* se hizo a la mar con su preciado botín.

Sólo algunas horas después, cuando se hallaban lejos de la isla de Milo, pudieron advertir los raptos que la bella diosa había sufrido, ella también, las consecuencias de la refriega.

En efecto: faltábanle ambos brazos y un trozo de su maravillosa nariz griega.

Más ya no era tiempo ni ocasión de volver en busca de los preciosos miembros mutilados.

La Francia entera, conmovida ante la más bella estatua del mundo, no vaciló en colocar de inmediato a la Venus en el Louvre. Y cuando alguien preguntaba por los brazos, el pretexto era siempre el mismo:

—Los siglos...

Hasta que por fin, uno de los marinos de la *Chevette*, un día ya no pudo más y contó su secreto. Refirió la escaramuza con los turcos y los deterioros de la Venus.

Juan Valverde.

### LOS INSTINTOS

Los instintos no se dejan reprimir, y sería pueril admitir que, caso de ser reprimidos, desaparecieran del mundo por este solo hecho. Lo único que puede conseguirse es hacerlos retroceder del terreno de la conciencia al de la inconsciencia. Pero en este caso se acumulan peligrosamente deformados, en el fondo del espíritu, y originan, por su constante fermentación, inquietudes nerviosas, perturbaciones y enfermedades.

Sigmund Freud.

### VALIOSA MEDIDA

¿Cuánta verdad soporta, de cuánta verdad es capaz un espíritu? Esta fué siempre para mí la más precisa y valiosa medida. El error (la fe en el ideal) no es ceguera, el error es cobardía... Toda conquista, todo paso adelante en la senda del conocimiento es fruto de un acto de valor, de dureza contra sí mismo, de propia depuración.

Federico Nietzsche.

### BANCO DE HONDURAS

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Fundado el 1º de octubre de 1889.

Casa principal: TEGUCIGALPA.

Sucursal: SAN PEDRO SULA.

Capital autorizado L 1.000.000.00.

Capital pagado y reservas L1.300.000.00.

Hace toda clase de operaciones bancarias, traslados a las principales plazas de Honduras y del exterior; abre cuentas corrientes con garantía satisfactoria; acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia valores y documentos públicos y se encarga de cobros por cuenta ajena.

Cuentas de ahorro al 4% anual.

## LA MUSICA DE LA NOCHE

(Traducción del gallego)

Vosotros ya sabéis que no es cierto, que las cosas duerman en la noche, la tierra no duerme nunca, y las plantas, y los árboles y las cosas todas, si duermen alguna vez, es cuando el sol se acuesta sobre ellas. Son en la noche los amores de las cosas; y el crecer de las hierbas y la conversación de los árboles. No hay silencio en la noche. Escuchad bien y oiréis el rumor. Yo miraba para el cielo matizado de ramajes; ninguno estaba quieto, los pinos arrullaban suavemente como cunas; había un ritmo suave de canción, y yo comencé a escuchar la música de la noche, esa música saudosa y honda que nadie puede cantar. El viento ligero peinaba las gudejas oscuras de los pinos, y nacía un rumor hechizado que llenaba la vida toda. Oíd el canto en el bosque, el rumor va viniendo despaciosamente, crece sobre uno, se va luego para volver y venir. No es rumor de río moribundo en un mismo ritmo y en un mismo son, no es ese rumor que parece ahogar la conciencia en su angustia infinita, no; este es un rumor de conversación o de canción, un rumor alegre, cariñoso, lleno de miedos infantiles, y emociones insospechadas. Yo sentía renacer los instantes lejanos de mis años de niño, cuando todos los bosques tenían hadas y brujas que llenaban la fantasía con sus cuentos imposibles. Yo entonces quería ver aparecer el lobo medroso, y el ogro que comía los niños; yo mismo en aquel instante no era más de lo que es un niño que va a la busca de lo que sea, y tiene miedo de lo que puede encontrar; pero no encontraba nada, o mejor, lo encontraba todo.

Cuando recordé había dejado la oscuridad del bosque, y andaba vagando por los campos abiertos llenos de luna. Mi sombra esbelta como un tronco de pino se acostaba en los labradíos y subía los terraplenes muy adelante de mí. En el cielo azul como un mar muerto brillaban millares de estrellas. Los montes se erguían blancos en la línea del horizonte y era toda la tierra un remanso de paz inefable. Yo sentí que de la tierra me subían al alma las esencias de la vida, sentí que todos los hombres podrían ser dioses por sí mismos solamente con vivir así en el medio de las cosas, y tuve la idea honda de que todo estaba hecho, de que ya nunca más mis ojos volverían a llorar, de que no lloraría más ningún hombre de la tierra, y me nació en lo más hondo de mí mismo un *aturuxo* vibrante que llenó la tierra toda; un *aturuxo* que era a

la vez rezo y canción, un *aturuxo* como debí de lanzar el primer hombre que fué capaz de ver y comprender. Se llenó entonces la noche de aullidos de perros y de gusanos de luz y sentí nuevamente que todo era sueño y fiebre. No guardo más recuerdo.

Luis Manteiga.

## AMORES DE MARIPOSAS

Entre los insectos elegiremos a las mariposas, esas mariposas multicolores, florecitas aéreas cuyas bodas son celeberrimas. Todos los cazadores de mariposas lo saben. Saben que para procurarse los ejemplares más raros basta llevar cautiva a una virgen—una cautiva mariposa virgen—¿no es esto poesía? Los pretendientes—de un kilómetro a la redonda—se van acercando. Fabre se divertía como un niño, llevando en la bolsa de su saco una mariposa—sin tajarla, porque, y ahí está el secreto—, tapada no es seguida—y lo seguían por donde fuera, como a un amoroso pastor sus ovejas. El fenómeno, indudablemente, es de *emanación*, misterios de la secreta y divina naturaleza. El caso de la *saturnia pyri*—la bellísima mariposa, llamada en Europa *pavo real nocturno*, es clásico: basta que en cualquier habitación brote de su capullo una crisálida, para que se vea materialmente invadida de pretendientes: es que la *penélope* nace *perfumada*, naturalmente es un *nardo maripóseo* que no percibe el olfato de los perros policías. Ni siquiera es preciso que ella esté presente; basta su cuna, su *casa*, su envoltura, como huele el *chal* de la amada ¡y qué nobles seres! la presencia del entomólogo que la trata, cuida, cultiva. El sutil sentido olfativo—casi seguro—radica en las antenas masculinas.

Esta misma atracción concurre—además de todos los lepidópteros—en algunos coleópteros, por ejemplo, las luciérnagas, nuestros *cocuyos*, que parecen tenues llamitas volantes, diminutas estrellitas voladoras, fuegos fatuos. Dondequiera que se observe una constelación de luminosos novios, puede asegurarse que hay alguna novia callada, secreta, oculta, apagada entre las yerbas del suelo o las ramas bajas de los arbustos. Cosa semejante, aunque sin luces se observa en el *hoplia coerulea*, brillante coleóptero, de un azul irisado, que vuela por millares en los campos. La novia—más humilde, oscura, pequeña y gris y modesta, nace y vive oculta; pero ellos saben muy bien en dónde están las celdas de estas hermanas, de estas monjitas. Sólo que para cien franciscanos, nada más hay dos o tres catalinas.

Noeurs nupciales  
des bates.

## EL TEMOR A LA MUERTE

¿Pero qué significa el *temor* a la Muerte? El ansia de *sobrevivir*, dice un poeta contemporáneo, tiene sus raíces en la turbación de lo desconocido. Sabemos que en el instante del *adiós*, no tanto lloran nuestros sentidos el mundo que se va cuanto los sobrecoge el pánico indescriptible de lo que llega. Este sentimiento se asemeja al temor que se experimenta al penetrar en las tinieblas, o al que padece el hombre cuando proyecta un cambio radical en su manera de vivir. Lucrecio, el gran poeta latino, decía que los hombres temen la muerte como los niños tienen miedo de las tinieblas: porque no saben lo que es.

La falta de la luz nos espanta; gracias a ella podemos soslayar los obstáculos que se atraviesan en la ruta. *Nadie sabe qué fantasmas palpitan en la obscuridad, qué peligros nos avizoran, qué ocultos poderes pueden comprometer nuestra vida en las tinieblas. Ignora el infante lo que hay o lo que puede esconderse entre la bruma y se estremece de pavor. ¿Tiene el niño miedo de las tinieblas! En aquel recinto sin luz puede esperar un bandido, o recogerse una bruja, o guardarse un animal monstruoso. ¿No pedía Goethe, en el trance final, luz, más luz, para sus ojos marchitos?*

Tal sentimiento primordial, la pavora de las tinieblas, lo siente el ser ante la perspectiva de todo abismo. Saltar a él significará siempre lo *incognoscible* y no habrá fibra humana que no se recoja ante el vértigo de la Muerte.

Es grato y dulce entregarnos al sueño, porque sabemos o esperamos mirar la aurora del día que se avecina. Pero el sueño sin despertar es otra cosa. Habría que pensar, con Unamuno, que de lo hondo de esa congoja, del abismo del sentimiento de nuestra mortalidad, se sale a la luz de otro cielo, como de lo hondo del infierno salió el Dante a volver a ver las estrellas. *Recógete en ti mismo*—nos dice el Maestro—y *figúrate un lento deshacerse de ti mismo, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, se te derritan de entre las manos los objetos asideros, se te desvanezcan como en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra.*

Luis E. Páez Courvel.

---

— Antes de ponernos a contemplar las durezas del trabajo, hay que imponernos la obligación de cumplir satisfactoriamente con nuestros deberes.

## EL BARCO DE LOS ESPECTROS

Esta historia la he contado muchas veces, en diversas ciudades, en variados puertos, y la mayoría de las gentes que la han escuchado no la han creído. Pero yo juro solemnemente que lo que cuento aquí es verdad. Los hechos, por más extraños que parezcan, sucedieron del modo que yo los relato, hace siete años justamente.

Fué a bordo de un brick americano, el *Martha Williamson*, matrícula de Charleston. Una velero bastante viejo, que arrastraba sus viejas maderas por las costas de la América del Sur cargando salitre, hierro viejo, máquinas nuevas, algodón, café, cueros. Me nombraron oficial a bordo de este desdichado barco, y pisé por vez primera sus carcomidos puentes una mañana de invierno, en los muelles agitados de Charleston. Me hizo mala impresión, lo confieso. Hacía más de dos años que no lo pintaban. Parecía un barco atacado de lepra.

Dejamos parte del cargamento en Montevideo, y seguimos viaje al sur. Debíamos cruzar el estrecho y llegar hasta Antofagasta por nitratos.

El *Martha Williamson* había salido de aguas norteamericanas en el invierno. Era también en invierno cuando las marejadas furiosas y crueles empujaban al podrido velero en las entrañas silenciosas del Magallanes. Perdimos varios hombres, cuatro o cinco en los canales. ¡Pobrecitos! Es necesario haber sido marinero para comprender lo que significa estar a bordo de un viejo barco de vela en una zona de tempestades, como es la entrada del estrecho durante todo el año.

Yo solí pensar, a veces, que estábamos viviendo la leyenda del capitán Vanderveken y el buque fantasma que nunca pudo doblar el cabo de Última Esperanza.

Los marineros que quedaban, filandeses, noruegos, dinamarqueses, y un puñado de negros de Nueva Orleans y Cuba, estaban desmoralizados después de la desaparición de sus pobres compañeros. Además, el trabajo brutal, incansante, les enfurecía cada vez más.

En mitad del estrecho, al cabo de un mes largo y espantoso, entramos en una zona de calmas. Las aguas se extendían, inmensas, transparentes y serenas, por todas partes. Tan sólo el soplo de las brisas heladas nos recordaba donde estábamos.

¡Pobrecitos! Yo dejaba dormir a los dinamarqueses, noruegos y finlandeses. A los negros no había necesidad de darles permiso para dormir: dormían de pie, sentados o acostados. El *Martha Williamson* navegaba a medio trapo en aquellas aguas tranquilas y profundas.

¡Las noches del Estrecho de Magallanes! Sólo pueden compararse a las noches de las costas del Africa Occidental, radiantes, silenciosas; arriba todas las estrellas de la Vía Láctea se encienden sobre la miseria, la tristeza y el cansancio de los marinos; abajo se siente, bajo la quilla de los barcos, el beso de los océanos.

Una de esas noches, estando de guardia, sorprendí dormitando al timonel. Era un negro de enorme estatura, un cubano. Me dió lástima. Le desperté del todo, en la noche magnífica, y le dije que podía irse a dormir. Yo me quedé junto al timón, bajo las estrellas. El *Martha Williamson* rolaba un poco, como rolan todos los barcos viejos, y el *Martha*, además, estaba mal estibado desde que salimos de Montevideo. El suspiro jadeante del estrecho llenaba la noche inmensa del sur. Ibamos, como he dicho ya, a medio trapo. El sortilegio de la noche, el resplandor extraordinario de la Cruz del Sur, que parecía abrir sus brazos de estrellas como un símbolo inmenso de esperanza, como un gesto infinito de amor sobre la miseria del mar, sobre el dolor de la tierra, se entraba extrañamente en mi alma. Eran las dos de la mañana.

Fué entonces cuando mis ojos adormecidos presenciaron un extraño espectáculo: un barco espectral, navegando en el misterio azul de la noche, sin luces y a medio trapo como nosotros. Creí que se trataba de un sueño. Recuerdo claramente que vi siete hombres extraños, horribles, *transparentes como fantasmas*, que estaban encaramados en la arboladura, empeñados en la faena de recoger una de las grandes velas que el viento helado y alevoso del Antártico empezaba a hinchar en la proximidad del alba...

No sé cómo fué, pero me quedé profundamente dormido. Acuérdomé que cuando mi cabeza cayó sobre la rueda del timón, el *Martha Williamson* rolaba fuertemente bajo el soplo glacial. Me dormí arrullado por el sortilegio de la noche magnífica; cometí uno de los crímenes mayores que puede cometer un marino mercante, un hombre a quien se le confía la vida de sus humildes compañeros y la fortuna de sus armadores. Me dormí en el timón, con la visión del buque-fantasma en mis pupilas, de los siete tripulantes espectrales recogiendo la gran vela en la brisa

huracanada del alba, en la maniobra que yo debía haber dispuesto en ese momento bajo peligro de que el *Martha Williamson* se tumbase en medio del Estrecho de Magallanes, y se fuera a pique quizás.

Desperté bruscamente dos horas más tarde. La guardia, que debía haber sido relevada a las cuatro, no lo había sido. Estaba amaneciendo una de esas madrugadas gloriosas y deslumbrantes del estrecho, que llenan de gloria el alma de los hombres; en que los cielos parecen jugar con todas las maravillas de la creación y los míseros marineros se comueven ante el gran espectáculo que no comprenden, advirtiendo tan sólo que se hallan en presencia del Creador...

Como decía, la guardia no había sido relevada. Los tripulantes del *Martha Williamson* dormían profundamente, como pueden dormir los marineros de un pobre velero que ha logrado entrar sano y salvo en el estrecho. El viento soplabo con furia creciente, en el amanecer grandioso y helado, pero el *Martha Williamson* no rolaba... Miré hacia arriba: manos misteriosas y providenciales, en la bruma del alba, habían arriado la mitad del velamen: habían realizado la maniobra necesaria para que el barco no se estrellara contra las rocas de la orilla...

Pálido de terror, volvió a mi memoria la visión del barco espectral que había visto pasar, bajo la gloria deslumbrante de las estrellas, cuando me iba quedando dormido junto a la rueda del timón; volví a ver, distintatos y espantosos, los siete marineros-fantasmas... ¿Habían sido esos siete espectros los que habían realizado la maniobra a bordo del *Martha Williamson*, salvándonos a todos nosotros de la muerte y al barco de su segura perdición, mientras dormían a bordo? Hasta hoy, siete años después, sigo creyendo que sí. Las gentes dudan cuando yo lo cuento, mueven la cabeza, algunos ríen, como insinuando que yo estaba ebrio cuando vi el barco-fantasma y sus siete tripulantes.

¿De dónde había salido ese barco?

¿Sería uno de los innumerables veleros perdidos para siempre en las soledades inmensas del estrecho, desde hace cientos de años...? ¡Quién sabe!

Héctor Pedro Blomberg.

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL**.  
Dirección: 60 Varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos de *Ariel*, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

## LA LECTURA, CLAVE DEL ATRACTIVO PERSONAL

La lectura puede ser de dos clases según la hagamos por deber profesional o por mero deleite. En el primer caso es ocupación ajena por completo a los refinamientos y placeres de la cultura; en el segundo, en cambio, es soberano goce, don gracioso que enriquece y hermosea nuestra vida, sendero escondido y delicioso por donde el espíritu huye de la cárcel física en que lo encierran las obligaciones diarias, al reino altísimo de la contemplación y el ensueño. Hay en ese género de lectura una voluptuosidad que tiene cierto carácter de íntima, secreta fruición. Aseméjase más a un paseo por los bosques que a una salida a compras. En vez de volver a casa con unas cuantas latas de tomates, volvemos con el rostro bañado por espiritual resplandor y los pulmones henchidos de aire puro y vivificante.

¡Y qué indescriptible encanto presta esa lectura a la personalidad del lector! El poeta chino Huan Chan Ku dijo una vez: *El sabio que ha pasado tres días sin leer, nota en seguida que su palabra carece de sabor y que la imagen de su rostro en el espejo se ha tornado fea.* ¡Extraño efecto ése que la lectura obra en el hombre! Sin ser un cosmético, embellece más que todas las artes de tocador juntas. ¡Cuántas caras lindas pierden su atractivo al cabo de cinco minutos de conversación, y cuántas veces asoma una personalidad fascinadora, tras una cara fea, apenas su dueño despliega los labios! De ellos empiezan a brotar frases y comentarios en que se manifiesta la asiduosidad y penetración con que un intelecto, cultivado por la mucha lectura, ha observado la vida, ha hecho pasar todas las cosas por el ínfimo tamiz de su propio pensamiento, ha seguido con inteligente atención la marcha del mundo y se ha formado una razonada opinión personal. El oyente, despierto el interés y avivada la curiosidad, quisiera que no callara nunca su interlocutor, y le tiene desde aquel momento en la más fervorosa estimación.

A eso es lo que el poeta llama el *sabor* que la lectura comunica a nuestra palabra. Estas selecciones fomentan en sus lectores la sana curiosidad y el adecuado conocimiento del mundo contemporáneo, y los capacitan para elevar a cierto grado de noble espiritualidad las relaciones con sus semejantes. Un hombre que lee mucho y bien nos agrada siempre, tanto por lo *interesante* que nos resulta, cuanto por lo *interesado* que está en todo lo que le rodea. El que se empeña en creer que le ha tocado vivir en un

mundo aburrido, tiene, por fuerza, que sentir y transmitir el fastidio. Y yo aseguro que quien se aficiona a leer atentamente lo mucho bueno que se escribe hoy, no podrá sentirse nunca invadido por ese mortal enemigo del espíritu que es el tedio. Y lo sorprendente es que ese estado de ánimo de roedor tedio o de interés activo, se refleja en la cara. Por donde se ve que dice verdad Huan Chan Ku, al asegurar que en la lectura está la clave de nuestro atractivo personal.

Lin Yutang.

Prestigiado filósofo y  
escritor chino.

—¡Cuán hostil es a la libertad el Platón de *Las Leyes*! Lo demuestra bien, cuando este griego suprime la independencia de la música, cuando ese poeta exila a Homero, cuando aquel artista severo y absurdo como un sacerdote del Egipto inmoviliza el arte en formas hiérticas y prohíbe al artista *mostrar sus obras a algún particular antes de que hayan sido examinadas y aprobadas por los guardianes de las leyes y los censores establecidos para examinarlas.*—

Han Ryner.

## A NUESTROS BUENOS AGENTES EN HONDURAS

Esperamos que nuestros buenos agentes hondureños nos remitan —sin esperar ninguna especial excitativa— por medio de nuestro Agente General, Profesor Constantino Pineda F., los fondos de ARIEL hasta la serie 47, que terminó con el presente número 141.

Los retrasos de estos envíos nos causan serias dificultades, pues sólo contamos con los productos escasísimos de la revista para atender a sus gastos, que en la actualidad son mayores por el considerable aumento del precio de las ediciones que hemos sufrido sin aumentar el valor de las series.

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciôrese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando —atraído por los precios irrisorios— volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.